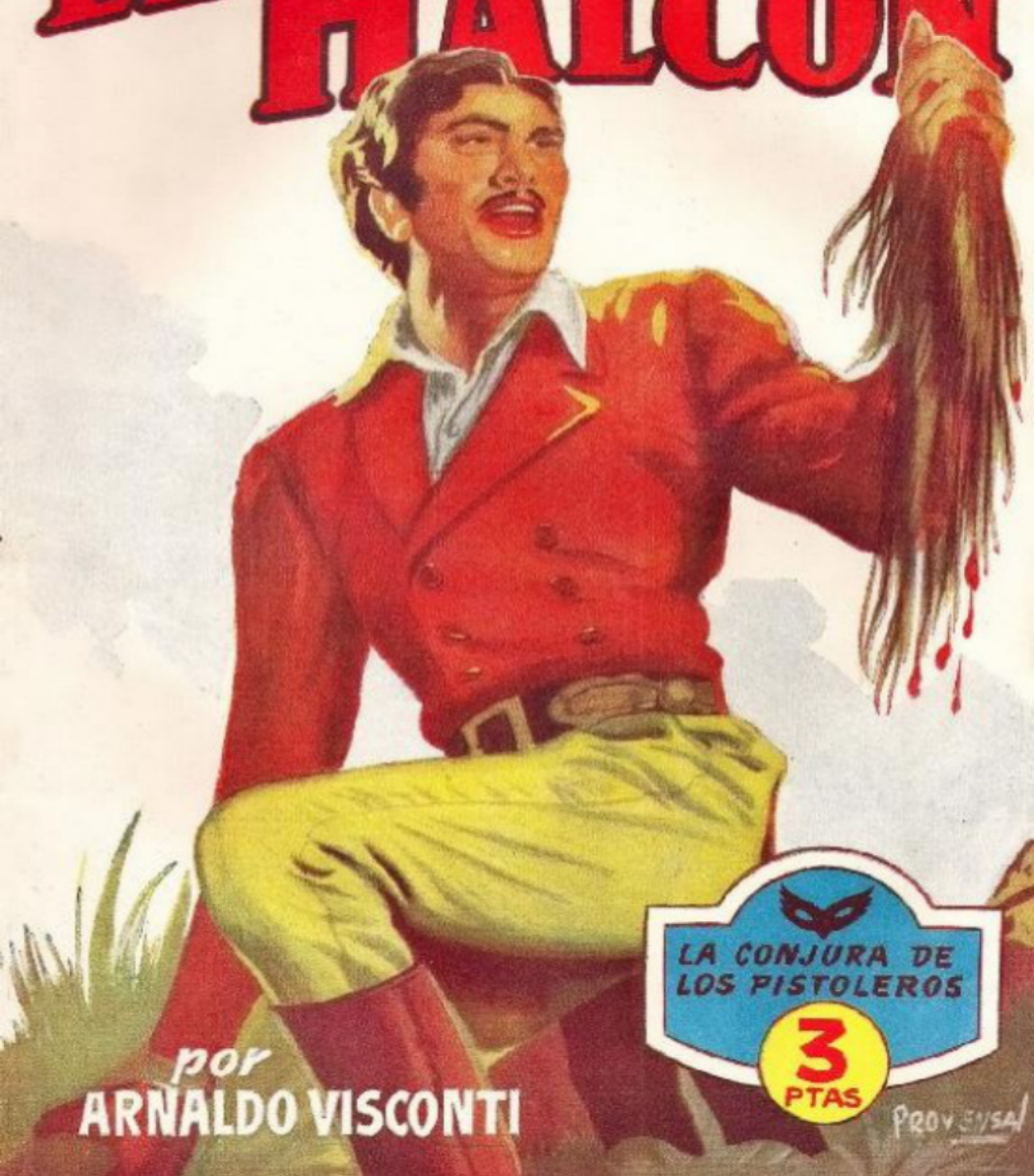


EL HALCÓN



por
ARNALDO VISCONTI



PROYECCIÓN

El HALCON



EDITORIAL  BRUGUERA

Es propiedad del Editor.
Reservados los derechos.

IMPRESO EN
EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA

La **CONJURA**
de los
PISTOLEROS

PRIMERA PARTE

El tesoro de Laffitte

CAPÍTULO I

EL NIDO DE LAS GAVIOTAS

Armonizaba con la melancólica llovizna el plañidero lamento de un acordeón, cuya música impregnada de nostalgias de otra tierra, brotaba del interior del tugurio para marineros llamado por los habitantes de aquel suburbio de la ciudad de Baltimore, el "Nido de las Gaviotas".

La tosca taberna se llamaba realmente y con cierta pomposidad "Hotel de la Independencia". Tenía algunas habitaciones destinadas a alojar huéspedes de paso, generalmente marinos en escala prolongada, por enfermedad. Y había recibido su apodo, porque en ella se refugiaban en las noches frías miserables mujeres, cuya profesión podía definirse como intermedia entre mendigas y cantantes de ínfima categoría.

En el interior de la taberna, no se escatimaba el fuego y la gran sala por donde se distribuían las mesas, tenía en sus cuatro esquinas, un hogar-chimenea, donde ardían durante toda la noche leños, generosamente donados por el astillero del río Papatsco, donde trabajaba como capataz, el yerno del dueño del tugurio.

En una de las esquinas, Eric Horler, el escandinavo, estaba apurando el resto del doble *brandy* que calentaba entre sus manos, cuando Leigh Mason entró en la sala.

Leigh Mason, el pequeño y escurridizo inglés, miró con indiferencia a su alrededor, sin demostrar que conocía muy bien a Horler y a Briskin.

Frank Briskin, el tejano, se sentaba en otra esquina, bebiendo a lentos sorbos un gran vaso de leche. Llevaba un sombrero de copa rígido, de pelo de castor, ridículo, muy hundido, cuya corta ala le rozaba las cejas.

Tenía todo el aspecto obtuso de un descargador de muelle con pretensiones de elegante. Sólo él sabía que estaba reclamado en el nuevo estado de Texas, por doble asesinato y asalto a diligencia.

Horler, reclinóse de espaldas contra la madera, junto a la repisa del hogar y encendió un largo cigarro, negro como el carbón. Pensaba en Leigh Mason que aparentemente se dedicaba a servir de guía a los marinos extraviados por la populosa ciudad de Baltimore.

Pensaba que el inglés, el tejano y él mismo, se conocían por haberse visto el día anterior al reunirse en una casa cercana al faro de entrada al puerto. Allí no habían hablado. Sólo había llevado la voz cantante, un extraño sujeto de modales autoritarios, y acento extranjero.

Horler ostentaba en su larga y delgada faz unas líneas hondamente marcadas en dos arrugas que formaban un triángulo, cuyo vértice empezaba en las aletas de la nariz y terminaba en las comisuras de los labios como base. La huesuda contextura de su mandíbula y sus ojos de viva expresión contribuían a darle un aspecto enérgico, de hombre decidido a todo. Y así era, en efecto.

La musiquilla del acordeón destilaba melodías francesas. Las ágiles manazas de Georges Renoir, el gran Geo, jovial y bonachón, corrían por el doble teclado.

Otro extraño personaje ese Geo, meditó Horler, para entretener la espera. Faltaban aun minutos para las ocho de la noche. El francés Geo, sentábase en otra de las esquinas y tocaba con gran sentimiento, deteniéndose tan sólo para beber un sorbo de *anissette*.

Se alojaba en el "Hotel de la Independencia". Unos decían que se había quedado allí después del naufragio de la "Marie-Jeanne", la goleta francesa. Otros decían que siendo un piloto muy solicitado, su prolongada estancia en el suburbio portuario de Baltimore, debíase a que estaba perdidamente enamorado y con pocas esperanzas, de Ina Harness, la hija del torrero.

Horler, de temperamento desconfiado y para quien el estudio de los más ínfimos detalles, era primordial, observaba al mundo entero con cautela y no establecía una calificación hasta no quedar muy seguro.

Por eso se reservaba aun el juicio sobre el tejano y el inglés, sus futuros compañeros de trabajo. Un trabajo que debía ser muy productivo, según deducía de lo dicho por el extraño sujeto de acento alemán, que la noche anterior les había reunido en la casa cercana al faro.

Levantó los ojos cuando vio entrar por la puerta a Honorio Cienfuegos, el cubano. Otro extraño sujeto... Un alto y esquelético "moreno", de pecho extraordinariamente amplió para su delgadez. Un buen "buceador", había dicho el individuo de acento alemán, al presentar a Mason, Briskin y Horler al cubano.

¿Un buceador"? Horler había oído hablar de que allá en Cuba, desafiando el peligro de los tiburones, expertos nadadores, sumergíanse largos minutos bajo las aguas, en busca de conchas perlíferas escasas, pero mayormente en busca de corales y esponjas.

El cubano imitó a los otros tres, en la fingida actitud de no conocerse mutuamente. Aproximóse al mostrador, tras el que el dueño, John Woodcock, obeso y de lacios bigotes negros, leía sin gran interés, el periódico local, atiborrado de noticias acerca del conflicto armado entre el Norte y el Sur.

John Woodcock desvió la mirada del periódico, para ojear al recién llegado.

—Tres dedos de agua caliente, dos de ron fuerte, una rodaja de limón y el resto de leche —dijo el cubano, con melodioso acento. Hablaba un inglés correcto.

John Woodcock llamó imperativamente:

—¡Dorothy!

Su corpulenta y mofletuda hija apareció arrastrando las zapatillas desde la habitación posterior al mostrador.

—Sirve —dijo lacónicamente, Woodcock.

Repitó dócilmente el cubano su petición, aunque esta vez lo hizo con más cortesía, admirando profundamente a la que, siendo hija del dueño,

actuaba de única camarera y muchas veces de mediadora en las peleas que surgían entre beodos.

Honorio Cienfuegos, además de su predilección marcada hacia las mujeres de peso evidente, poseía una afición rayana en la devoción por las cosas pintorescas y los personajes curiosos.

Y así como íntimamente, para él carecían de originalidad los llamados Horler, Mason y Briskin, que la noche anterior había vislumbrado en el oscuro interior de la casa cercana al faro, reputaba eminentemente atractivo el aspecto del individuo que tocaba el acordeón.

Le miró despacio, mientras el humo del brebaje que acababa de servirle Dorothy Woodcock, acariciaba su olfato. El piloto conocido por todo el suburbio, cómo "Big Geo" por su altura y corpulencia, tenía efectivamente peculiaridades destinadas a llamar la atención a individuos menos imaginativos que el cubano.

Llevaba un pequeño gorro de lana roja, que no cubría ni a medias los rizosos cabellos crespos de color castaño. Tenía el rostro ancho y cordial, bronceado. Y en los lóbulos de sus orejas brillaban los dos aretes de oro.

Su musculosa humanidad revestíase con una camisa de piel, un largo chaquetón de lana y un amplio pantalón azul, sostenido por una faja roja.

Calzaba botas altas y en su hombro izquierdo, semejando escuchar atentamente la música del acordeón, se bamboleaba de vez en cuando, como si le extasiara la melodía, un loro de redondos ojos irritados y coléricos.

Por entre la camisa de piel y la chaqueta asomaba, de vez en cuando, la pequeña cabeza de una mona, vestida pudorosamente con un trapo rosa. Miraba unos instantes por la sala y como si lo que viera no fuera digno de su atención, volvía a esconderse, friolera, contra el pecho del francés.

—Un bello ejemplar de antiguo pirata —dijo Honorio Cienfuegos, tomando por testigo a Dorothy que aguardaba el pago.

—¿"Big Geo"? —replicó ella, desdeñosa—. Es un haragán. Sólo sabe hacer músicas y decir boberías a sus dos animaluchos. Medio dolar —añadió a renglón seguido, avanzando una mano enrojecida y amplia.

Honorio Cienfuegos, tenía la intuición de que estaba próximo al "gran golpe" y sintióse generoso. Colocó un dolar en la palma de la mano extendida ante él.

—Guarde el cambio, señora. Honorio Cienfuegos obsequia a las damas que son de su particular agrado.

Encogiéndose de hombros, Dorothy Woodcock, gruñó:

—Tire la rueda, español. Aquí se bebe, se come y se alquilan habitaciones a quien puede pagarlas. Pero no se admiten galanterías de desconocidos.

—Guapa la moza —dijo Honorio, al irse ella arrastrando las zapatillas cansinamente.

John Woodcock acariciöse los lacios bigotes. No replicó. Su hija sabía sobradamente andar sola y por si fuera poco, poseía la ayuda del agresivo

carácter de su marido, el capataz, que sabía reducir a un guiñapo al que se permitiese excesivas familiaridades con la que por avaricia consentía en ser la huraña camarera del local.

Volvió el cubano a mirar al acordeonista. Y observó un nuevo detalle. Uno de los ojos del francés estaba semicerrado. Se notaba perfectamente el corte mal cicatrizado que le había convertido en tuerto...

—Pirata —murmuró el cubano. Pero se apagó su interés por el pintoresco músico. Un tuerto traía mala suerte y Honorio Cienfuegos poseía muy desarrollado el sentido de la superstición.

Para contrarrestar el posible maleficio del ojo tuerto, tocó prudentemente la culata de la pistola que llevaba bajo la chaqueta, colgando de una funda con correas pendiente de su hombro izquierdo.

Un sistema que le había enseñado un pistolero profesional, cuyas lecciones había él asimilado con fruición.

John Woodcock demostró, por vez primera, interés en algo. Era pronto aun y su taberna no empezaba a estar concurrida hasta las nueve. Hasta entonces había juzgado poco importante la presencia de los cuatro clientes, dos de los cuales le eran totalmente desconocidos.

Pero la pareja que acababa de entrar, detonante por el contraste que entre ambos formaban, mereció la rápida salida del obeso tabernero, que avanzó al encuentro de los recién llegados.

Él era alto, cuadrado, macizo, y su corto cabello en cepillo era gris, mientras el bigote, también cortado en cepillo hirsuto, era intensamente negro, revelando puerilmente el tinte.

Vestía, una levita negra que le hacía aun más rígido y las gruesas piernas rellenaban el pantalón gris. Vestía como un caballero.

Ella vestía un traje de color carne que la hacía semejar una estatua felina y salvaje. Peinaba sus cabellos en alto, rematándolos en moño de brillante negrura laqueada. Los cabellos tirantes desde las sienes, alzaban aún más sus cejas por el extremo opuesto al entrecejo, aumentando con ello, la sensación exótica de unos ojos verdes.

Eric Horler, examinando a la mujer, pensó en cuando allá en la selva colombiana había pisado una serpiente: ésta tenía la misma mirada que la mujer que acompañaba al rígido y voluminoso sujeto de acento alemán.

El rostro de aquella mujer tenía algo a la vez repulsivo y fascinante: altos pómulos, nariz achatada y gruesos labios.

—El piso alto —dijo, guturalmente, el hombre—. Usted responde de que nadie nos importunará. Tengo que tratar un importante asunto y no quiero impertinentes interrupciones.

—Todo preparado, señor —dijo obsequiosamente Woodcock, que por la tarde había ya recibido la visita de la mujer que le había entregado diez dólares para poder disponer por toda la noche del piso alto, donde sólo había un mirador, ahora caldeado por hornillos y que daba frente al río Papatsco en su salida hacia el mar.

Ella y él, precedidos por Woodcock, fueron subiendo las escaleras que conducían al tercer piso solitario. Uno tras otro, abandonaron la sala, Horler, Briskin, Mason y Cienfuegos.

Y quedóse solo "Big Geo", el cual no tocaba para un auditorio, sino como desahogo ante la cruel indiferencia con que la hija del torrero, la deliciosa Ina Harnees, acogía sus declaraciones de amor.

—Les cité para las ocho y son las ocho en punto —dijo Rupert von Stroheim—. La casa donde ayer nos entrevistamos por vez primera, es mi residencia, mientras dure la labor que juntos hemos de realizar. Ustedes se alojarán en esta misma sala, que ordenaré al posadero habilite mejor. Recibirán mis órdenes por intermedio de Hilda Bernstein, mi secretaria.

Rupert von Stroheim hablaba secamente. Sus glaucos ojos miraban sucesivamente a uno tras otro de los cuatro pistoleros que sentábanse al otro lado de la mesa.

El cubano se puso en pie para dedicar una reverencia a Hilda Bernstein. No era sólo cortesía. Era debilidad. También Hilda Bernstein tenía el tipo rollizo que era su preferencia.

—Concretemos —siguió diciendo von Stroheim—. Debemos saber a qué atenernos. Ayer tomamos contacto y les cité aquí. Cada uno de ustedes, en distintas ocasiones, prestó un servicio accidental a un organismo al cual yo pertenezco. Quedaron encasillados, y por esto recibieron oportunamente una carta dándoles cita en Baltimore. Empezaré por mí. Por azares que no vienen al caso, entré en posesión de un secreto muy valioso. Poseo hacienda en el Sur y soy un terrateniente. No obstante, he abandonado mi cómodo vivir, porque he juzgado que el secreto el cual he logrado apoderarme, tiene un valor incommensurable. Un valor que nos puede convertir a todos en inmensamente ricos. Varias veces en el curso de tan accidentada vida he matado. Ahora, advierto claramente que es de tal importancia la empresa en que les haré partícipes, que la muerte carece de valor al aplicarla para evitar que nada entorpezca mi camino. Poseo plantaciones, donde con frecuencia he tenido que dominar rebeliones y lo he hecho con mano dura. Pero puede considerar que era suave mi método comparado con la rígida frialdad con que estoy dispuesto a eliminar a quien quiera pueda poner en peligro mi empresa actual.

Horler escuchaba atentamente, aunque parecía distraído. Briskin, seguía ostentando un ceño obtuso. Mason inclinaba el busto sobre la mesa como si quisiera escuchar con mayor atención. Cienfuegos deslizaba ojeadas admirativas hacia la secretaria del que hablaba. Pero no perdía sílaba...

—Hay una fórmula americana, puesta en boga por los corsarios que plasma perfectamente nuestra intención: "Got rich quick". Seamos ricos y pronto. Por mi parte, lo soy ya, pero quiero serlo más. Especifico este punto, porque si de cada uno de ustedes requiero la ayuda, es porque puedo

asegurarles una participación que colmará abundantemente sus máximas ambiciones. Primeramente conozcámonos mejor. Yo ya he expuesto, en líneas generales, quién soy. Generoso en la recompensa, insensible en el castigo. Entre Nosotros va a establecerse un pacto, una conjura. Es, pues, natural y no deben considerarlo una indiscreción, que haga una breve semblanza de cada uno de ustedes, puesto que vamos a trabajar juntos. No cabe la posibilidad de que se nieguen, porque el premio es grande y los riesgos escasos. No he acudido a personas de mi raza, por una razón sencilla: fatalmente, al unirnos más de tres alemanes, surge el virus nacional y tendríamos que presentar cuentas al estado alemán. He elegido pues, a cuatro hombres que, como ustedes, reúnen determinadas condiciones que en cada uno y complementadas, nos harán acometer, con toda seguridad de éxito, la espinosa labor por la que nos conjuramos y que si no estuviera estudiada en sus menores detalles, fracasaría. Somos, pues, seis conjurados y debemos conocernos. Formarán ustedes, dos grupos: usted, Horler, trabajará con Briskin, y usted, Mason, con Cienfuegos.

Miráronse entre sí los citados, continuó von Stroheim:

—Eric Horler, contramaestre ballenero, profesión que abandonó para seguir la más fácil de pistolero jefe de la banda de Bully Hayes, en el "bayou" de Florida. Proverbial rapidez de manos, muy útil asociada con su conocimiento de la gente del "bayou". Huyó de allá, al quedar extinguida la banda, siendo el único superviviente.

—Estoy a precio —dijo el escandinavo, orgullosamente—. Diez mil dolares por mi captura. Espero que los compañeros sean de mi categoría.

—John Briskin —siguió diciendo seriamente y con rigidez, von Stroheim—. Leñador en Canadá, que al participar en el asalto a la diligencia de Montreal se puso voluntariamente fuera de la ley. Buscó también refugio en el "bayou" y allí logró imponerse durante cierto tiempo, hasta que por haber dado muerte a un jefe rural que vino a Tampa, tuvo que continuar huyendo, porque los del "bayou" no querían seguir dándole amparo. Reúne dos cualidades: fuerza y decisión, juntamente con escasez de palabras.

—Hablo sólo de lo que entiendo. Y por ahora no entiendo nada —dijo el tejano—. Sólo entiendo que usted conoce bien el "bayou" para ser, como pretende, un rico terrateniente del Sur.

—Leigh Mason —dijo von Stroheim, sin recoger la alusión certera del tejano—. Evadido de Daymoor, evadido de La Guayana, evadido de Belize, no tiene igual para olfatear peligros y zafarse de ellos. No quiere nunca testigos de sus acciones. Ofrecen veinte mil dolares por su captura.

—Nadie los cobrará, seguro —dijo el pequeño británico.

—Honorio Cienfuegos. Se destacó como "buceador" pescando esponjas y perlas. Mató a su patrón a causa de una mujer. Después fué la mano derecha del antillano Balbino, dedicándose a piratear por las haciendas cubanas, hasta que en una refriega con los servicios de la ley, tuvo que escapar, refugiándose en el "bayou", de donde también tuvo que partir por haber

raptado a la prometida de Turnbout.

Rupert von Stroheim hizo un ademán amplio:

—Estamos, pues, reunidos en una conjura en la cual la vida apenas tiene escasa importancia.

—Esto, seguro —dijo el inglés—. Ahora sepamos para que nos hemos reunido aquí.

Señaló el alemán a través de la ventana, hacia la oscura extensión líquida que se divisaba desde los asientos.

—Bajo el agua hay millones de dolares en lingotes de oro y piedras preciosas. El emplazamiento exacto lo sé yo. Obtener esta exactitud ha costado ya innumerables vidas de individuos valiosos. Los enumeraré por orden cronológico de muertes. Fueron primero los cuatro hermanos Laffitte, los últimos piratas del "bayou" con barcos propios.

Los pistoleros, al oír mencionar a los famosos hermanos, manifestaron, a su modo, la repentina curiosidad: el tejano, mordisqueó sus labios; el escandinavo, avanzó la mandíbula; el cubano, dejó de admirar a Hilda y el inglés guiñó repetidamente.

—¡Los "Pulsos de Oro"! —exclamó Cienfuegos.

—La historia quizá no la conozca Mason, porque no ha estado en el "bayou". Es breve. Cuando los hermanos Laffitte vieron que ya el "bayou" no les ofrecía seguridad, cargaron sus tesoros en el barco del mayor de los Laffitte. Perseguidos y acosados por buques de guerra, en noche oscura y tormentosa, parecieron, esfumarse. Lo cierto es que hundieron la nave y no confiando entre ellos, hicieron construir cuatro brazaletes de oro, los cuales, juntos, determinaban la latitud y longitud en que el barco se hundió. Murieron sucesivamente los tres hermanos y el más viejo de los Laffitte confió su secreto a una hermosa antillana, Perla Arce. Ésta logró que Laffitte fuera conducido al patíbulo y en unión de su novio, recogieron en la tumba de uno de los Laffitte, los cuatro "Pulsos de Oro". Perla Arce murió estrangulada por su propio prometido y éste murió a manos de Teófilo Arce, hermano de la antillana. ¿Quiere decir algo, Cienfuegos?

El cubano, palpando la culata de su pistola, murmuró:

—La maldición de Laffitte se cumplió. Dijo que la que le engañó moriría estrangulada por su novio. Y aseguró que todos cuantos fueran a por su tesoro, morirían.

—Supersticiones banales. Prosigo: Teófilo Arce fué seguido por mi secretaria. Vendió tres brazaletes a dos magnates de Washington, los cuales perecieron a manos de un pistolero, quien, a su vez, murió ejecutado por una viuda ¹. Teófilo Arce fué muerto por dos rusos, a los cuales matamos yo y mi secretaria, porque iban a cometer una indiscreción. Y el último que murió es un personaje del cual todos habrán oído hablar: "El Halcón".

—¡Condenado se vea! —imprecó Mason.

—Celebro que haya muerto —dijo Horler—. En el "bayou" hizo de las suyas, y tenía por costumbre meterse a redentor ².

—Nosotros seguimos a Arce desde el "bayou", pero ahora nadie conoce la pista de los "Pulsos de Oro". Sólo nosotros. Si hiciéramos nuestros sondeos sin tomar precauciones podríamos suscitar sospechas. Por eso las verificaremos encubriéndolas con el propósito de instalar un vivero de crustáceos. Usted. Cienfuegos, ayudado por Mason, buceará de día, colocando los garfios en los cofres. Por la noche, usted, Horler, ayudado por Briskin, maniobrarán los tornos para levantar los pesados cofres. Tengo ya adquirido el barco. No se tratarán con nadie. Dormirán aquí en los sucesivos días.

—¿Partes? —inquirió lacónicamente el tejano.

—Doce. Ocho para mí. Cuatro para ustedes. Yo he tenido gastos y soy el dueño del secreto.

—Yo soy el que más trabajará. Según la profundidad, mis oídos y narices sufrirán —dijo Cienfuegos.

—Hay el tubo aspirador —comentó von Stroheim—. Con él podría también bucear Horler, que ya lo hizo accidentalmente. Calculo aproximadamente que a cada uno de ustedes les tocará en el reparto final una cantidad en oro y gemas equivalente a tres millones de dolares.

—Aceptado —dijo Briskin.

—Buen asunto —comentó Horler.

El cubano sonrió asintiendo con la cabeza.

Leigh Mason alzó una mano.

—¿Quién mató a "El Halcón"?

—¿Por qué desea saberlo? —inquirió von Stroheim.

—Muchos se han jactado de haber liquidado a "El Halcón", y éste reapareció de pronto. No me gustaría saber que "El Halcón" anda tras nosotros.

—No se preocupe. Yo le disparé a la frente e Hilda le disparó dos veces al costado. Está muerto, bien muerto. Nadie sabe quién posee los "Pulsos de Oro. Nadie nos estorbará. No obstante, sean discretos. Cualquier confidencia nos perjudicaría. Recuerden siempre que si Laffitte murió en la horca traicionado, fué por haberse confiado.

—Por tres millones de dolares todos seremos mudos. ¿No es así, compañeros? —dijo Horler, levantándose, al vez que lo hacía von Stroheim.

—Mi secretaria se pondrá en contacto con ustedes siempre que el caso lo requiera. No acudan a la casa del faro más que en caso extraordinario. Permanezcan siempre de dos en dos. Mañana, por la mañana, los cuatro irán a bordo del barco que he comprado. Buenas noches.

Ya camino de la playa bajo el faro, Rupert von Stroheim aminoró la marcha de su caballo. Hilda Bernstein aproximóse y escuchó:

—La mejor manera de vigilar a Honorio Cienfuegos es admitir sus galanteos, Hilda. Por él podrás saber lo que los otros tres piensan.

—El tejano parece no creerse que eres un rico terrateniente, Rupert.

—No importa. Me convenía indicarles que conozco bien el "bayou" y sé desconfiar.

—Actuarán con espíritu de equipo. Tres millones son una recompensa que les hará ser leales...

—...hasta que hayan extraído el último cofre. Veremos luego cuál es el equipo que intenta eliminar al otro, facilitándolos la tarea de quedar tú y yo como dueños del tesoro de Laffitte.

CAPÍTULO II

EL PESCADOR DE AGUAS TURBIAS

Georges Renoir hacía ya años que profesaba una sincera indiferencia hacia sus semejantes. Pero era una falta de interés carente de amargura ni rencores.

Alojado en el "Hotel de la Independencia", ocupaba en la planta baja un cuartucho, del cual salía a primera hora de la tarde para almorzar con buen apetito.

Después daba un paseo hasta las cercanías del faro, con la esperanza de que, aburrida Ina Harness, abaldonara las alturas para condescender a pasearse con él por la playa.

Y a la hora de la cena, "Big Geo" regresaba al "Nido de las Gaviotas", donde su acordeón alegraba o entristecía el ambiente, según los dedos del francés arpegiaran canciones divertidas o lamentos nostálgicos.

La noche siguiente a la reunión de los conjurados para el rescate del tesoro de Laffitte, "Big Geo" estaba cenando, distribuyendo al loro y al pequeño simio los manjares que eran de su preferencia, cuando en el local entró un desconocido.

Siguió Renoir en su cena, oyendo los graznidos del loro y el castañeteo de la mona, con cuyos ruidos manifestaban los animales su aprobación agradecida.

Pero, pese a su carencia de interés por los seres humanos, mientras no se llamarán Ina Harness, George Renoir detalló al recién llegado.

No vestía uniforme militar ni de marino, sino un atuendo original. Una chaqueta de color granate, de anchas solapas cruzadas, una camisa de cuello abierto, un pantalón de color ocre, ceñido a las musculosas piernas, y unas botas de brillante charol.

Su estrecha cintura estaba rodeada por un cinto plateado, donde, a la izquierda, se enfundaba una larga pistola, y a la derecha, colgado de un garfio, un látigo enrollado.

El rostro daba una impresión de sardónico regocijo contenido. El cuerpo producía inmediatamente una sensación de extremada fortaleza. La recia complexión atlética tenía sin embargo, esbeltez, dada su elevada talla.

Cubría sus largos cabellos negros con un sombrero de ala ancha. Aproximóse, para sentarse a una mesita frente a la ocupada por el marino.

Dorothy Woodcock vino anadeando y arrastrando sus zapatillas.

—Servido el caballo, ¿se sirve el dueño? —preguntó algo más amablemente de lo que tenía por costumbre.

Aludía al esmero con que, antes de entrar Rock Gambler, habíase preocupado de que "Brujo", el negro potro, tuviera buen pienso, mantas y un protegido rincón del establo.

—Poca gente —dijo Gambler a modo de respuesta, indicando el salón,

donde sólo estaban John Woodcock tras el mostrador y George Renoir atareado en su cena y la de sus dos animales.

—Esto no tardará ni media hora en llenarse. Vendrán primero los solteros de la factoría a cenar; después, los casados a beber, y muchos marinos desperdigados. También chiquillas hambrientas.

—Interesante —y sonrió Rock Gambler. Una mueca burlona, en que las cejas formaban un arco sardónico, que convertía su rostro en la viva estampa de un hermoso Lucifer.

—Hay huevos con jamón, bacalao, chuletas de cerdo fritas. Café con leche. ¿Basta para el caballero?

—Me conformo. Como soy hombre de costumbres morigeradas, infórmeme si aquí las camas dejan dormir.

—Bichos no hay. Limpieza sobra, y si usted, forastero, sabe dormir aunque oiga músicas y ruido, puede dormir. Está libre la habitación doce y es la única, porque ayer nos alquilaron tres habitaciones. Las del piso alto, que son las mejores. Le traigo el primer plato, ¿no?

—Sí.

Georges Renoir terminaba su cena, Saboreando el café con leche, mientras la mona, sentada sobre su hombro derecho, mordisqueaba en caricia cariñosa una de sus orejas.

En el otro hombro, el loro afilaba sus garras, mordiéndoselas con aire de filósofo colérico. Los vivaces ojillos de la monita, fijáronse en Rock Gambler.

—Simpática —dijo Gambler.

El marino asintió con la cabeza, su sonrisa era cordial...

—Acompañan mucho —añadió Gambler—. Tuve yo un chimpancé, y su muerte me causó más pena que todas las muertes de humanos que he presenciado.

Volvió a asentir el francés.

—Los loros no me son simpáticos; hablan demasiado. ¿Le produzco el efecto de un loro? —inquirió Gambler.

Rió el marino, y la mona dió sobre su hombro dos volteretas. Era su modo de manifestar que la risa de su amo le causaba satisfacción.

—Me llamo Georges Renoir, pero me conocen por aquí como "Big Geo". Piloto, sin barco, me he estancado en estas aguas mansas.

—Rock Gambler. Yo soy pescador en aguas turbias, si es que usted, como marino, conoce el sentido del oficio.

—¿Naípe, charlatanería y embarcar? Pocos clientes encontrará por aquí. Más al norte hay más posibilidades. Éste es el extremo de la bahía.

—Gracias por los informes, "Big Geo". ¿Acepta una copa de algo tonificante?

—No bebo, pero acepto su invitación. Tomaré, un café. Dorothy.

La hija del propietario dejó sobre la mesa de Gambler el plato que acababa de traer. Miró con cierto desdén al tuerto.

—¿Te urge el café? Ahora atiendo al forastero.

Marchóse, y "Big Geo" sonrió.

—Me conceptúa un haragán. No le gusta la música ni tampoco mis dos compañeros.

—Poco sensible —replicó Gambler, con la boca llena—. Los animales y la música son las compañías más amables y discretas.

En la sala entraron dos muchachas, que acercáronse para sentarse al lado del marino francés. Iban pintarrajadas muy torpemente y sus ropas pregonaban baratura y necesidad de lavado.

—Buenas noches, "Big Geo" —saludo una de ellas.

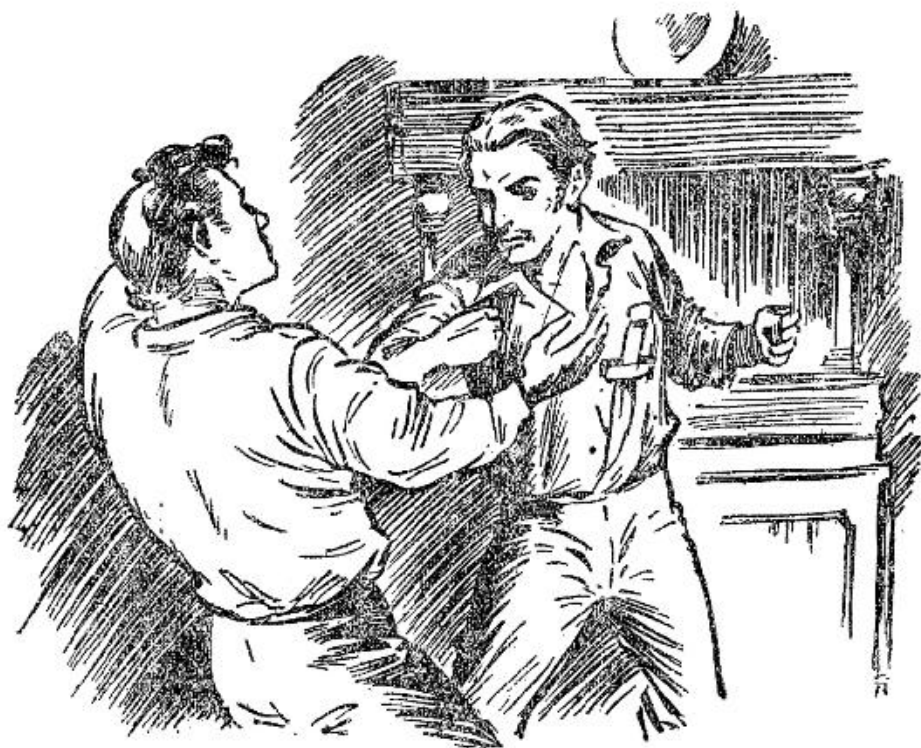
La otra se fijó en Gambler.

—Buen apetito, forastero. Está de moda "El nido de las Gaviotas". Ayer, seis forasteros, y hoy, otro más. ¿Viene usted también para él vivero?

—¿Qué es eso del vivero? —inquirió Gambler.

—Unos forasteros han comprado una barcaza, y en el centro de la bahía buscan sitio para instalar una pesquería. Sondean para hallar el sitio más a propósito. ¿Forma usted parte de la compañía?

—No preguntes tanto, Luella —reprochó la otra—. Bien se ve que no eres del Oeste, Allí te hubieran enseñado que si no quieres oír mentiras no hagas preguntas.



...cogiera de lleno bajo la barbilla...

—A las preguntas de las damas siempre doy gratos oídos. ¿Por qué miras los platos en vez de extasiarte contemplando mi rostro?

—Tienen hambre atrasada —dijo "Big Geo"—. Y yo no puedo invitarlas todas las noches porque mis fondos no dan para tanto.

—Id al mostrador y que os sirvan cena. Que me pasen la cuenta. Agradécelo a haberme hablado del vivero. Busco trabajo, y a lo mejor allí tengo ocupación.

Corrieron ellas hacia el mostrador para hablar ávidamente con el reacio Woodcock. Rock Gambler hizo una señal de asentimiento y el hostelero aceptó entonces el colocar cubiertos ante las dos gaviotas.

"Big Geo" apoyó el acordeón sobre sus rodillas.

—No tiene trazas de buscar trabajos de pequeña monta, Gambler.

—Pescar es una de mis debilidades. ¿Está lejos el vivero ese?

—Estos dos pueden, informarle si quiere. Vienen de la barcaza. Uno de los dos equipos.

Honorio Cienfuegos y Leigh Mason aproximáronse al mostrador. El cubano se enfrascó en conversación con Luella. Leigh Mason, en silencio, bebía su *whisky*.

Una leve exclamación de Luella hizo comprender, tanto al francés como a Gambler, que el cubano era aficionado a bromas.

—Déjelas, amigo —dijo calmosamente "Big Geo"—. Están cenando no desean jaleo.

—Me parece que tú eres el que buscas el jaleo —rezongó torvamente el cubano.

Su compañero, el pequeño inglés, colocó sobre uno de sus brazos una mano, y en voz baja recomendó:

—Calma, Honorio. No conviene pelear... y menos con éste mastodonte.

Tras el mostrador, John Woodcock arrugó el entrecejo.

Honorio Cienfuegos era muy quisquilloso, pero también sabía pelear, y no le era difícil deducir que tenía muy pocas posibilidades de vencer con los puños al acordeonista.

Optó por dárselas de magnánimo:

—No hay por qué enfadarse, marino. Yo no molesto a estas muchachas... ¿Eres tú el matón de la casa?

—Déjalas en paz y en paz te dejaré.

Volvióse "Big Geo", y entonces el cubano exclamó:

—¡Aquí tienen que saber quién es Honorio!

Y a la vez que gritaba, extrajo de su manga, con un golpe experto del antebrazo, un cuchillo, cuyo mango quedó en su mano.

Pero el marino conocía sobradamente a individuos de la catadura de Honorio Cienfuegos. Antes que éste se pudiera amagar el menor movimiento, pareció como si un martillo pilón golpeará de lleno bajo la barbilla al cubano, que debió a su ligereza y miedo el no cae apuntillado por el puñetazo.

Pero, sin embargo, quedóse tambaleando. Iba "Big Geo" a repetir el

golpe, cuando entre él y su adversario semiinconsciente se interpuso Leigh Mason.

—Olvide, amigo. No...

De un manotazo, le apartó "Big Geo". De la bandolera colgaba el acordeón ante el pecho, bailoteando. El loro había volado al mostrador, y a su lado había saltado la mona. Ambos animales sabían lo que debían hacer en casos semejantes.

—No soy camorrista —dijo "Big Geo"—. Pero él me ha provocado y he de molerle las costillas. Además, su amigo maneja cuchillo... No es, pues, un peleador limpio, sino un futuro asesino. Apártese, que lo voy a tundir...

Honorio Cienfuegos, aun vacilante, chilló al ver aproximarse la masa borrosa que, a sus ojos, era "Big Geo", y que se le antojaba un coloso titán.

Alzó el puño "Big Geo", destinándolo a la nuca del cubano, cuando, inesperadamente, una mano le asió por el cuello del chaquetón, deteniéndolo.

Rock Gambler apoyó la otra mano en el antebrazo dispuesto a asestar al cubano el golpe definitivo. Presionó.

—Es casi un abuso, "Geo". Usted es un hombrón.

—Métase en lo suyo, forastero —gruñó Georges Renoir—. Detesto a los que atormentan a seres indefensos.

—Frente a usted también lo es este hombre. ¿No ve que está "sonado"? Pegarle no sería muy limpio... Y por el cuchillo, no se lo tome tan a lo trágico. Fué un gesto de amenaza, pero este caballero no es capaz de emplearlo si no es para mondar naranjas. Se ve a la legua que es todo un caballero.

—¡Apártese!

A la orden del marino hizo eco un ruido sordo. Inesperadamente, el puño de Gambler habíase alzado, golpeando fuertemente el punto más vulnerable del mentón de Georges Renoir.

Leigh Mason asió por la cintura a Honorio Cienfuegos, que ya medio consciente intentaba apuñalar el vacío donde segundos antes estaba el marino tuerto.

El loro voló a posarse en el pecho del caído, y la mona, castañeteando los dientes, saltó furiosa, y agarrándose a la chaqueta de lana, emitió gemidos irritados.

—Gracias —dijo Leigh Mason, mirando a Rock Gambler—. Si quiere ayudarme se lo agradeceré. Mi amigo es un poco pesado para mí.

El motivo de la intervención de Gambler había sido lograr entablar conversación con los del "vivero". Desentendiéndose de los cuidados solícitos que Lucila y su compañera prestaban al derrumbado francés, y enlazando por la cintura a Honorio Cienfuegos, partió con él escaleras arriba, precedido por Leigh Mason.

—¿Dónde está ése, que lo horado? —masculló Cienfuegos, cuando ya estaban en las habitaciones destinadas a los cuatro pistoleros, que se relevaban en la barcaza por turno diario y nocturno.

—Gracias a este amigo que lo tumbó, o si no te hubiesen roto los huesos, Honorio —dijo el inglés, serenamente—. Buscaste pelea con un oso. Siéntate. Un trago te pondrá nuevo. ¿Le sirvo, *whisky*?...

—Rock Gambler. Gracias, no bebo después de cenar.

Honorio Cienfuegos pudo ya concentrar su mirada después de beber un largo trago.

—¿Quién es este tipo? —preguntó, mirando alternativamente a Gambler y a Mason.

—Agradece a su presencia el que no tengas nada roto. Yo no podía luchar contra el tuerto...

—¿Para qué te sirve la pistola, idiota? —interrogó, Cienfuegos.

—No debes echar en olvido que nuestro patrón recomendó que bajo ningún pretexto teníamos que pelear. Eres el único "buceador"... En fin, te portaste como un novato. ¿Es usted marino, Gambler?

—Cuando la ocasión se presenta, pesco donde puedo pescar —replicó el aventurero, y su respuesta fué acompañada de un guiño, que reconfortó a Leigh Mason y también a Honorio Cienfuegos.

Se sintieron ambos en "buena compañía".

—Ya hablaré de usted al patrón —dijo Mason—. A lo mejor le da un buen empleo. Mañana nos veremos. Ahora tenemos que descansar, porque el trabajo de ese vivero de mariscos es pesado. Hasta mañana, Gambler.

Cuando hubo salido el aventurero, Honorio Cienfuegos estalló:

—¡Imbécil! No niego que ese Gambler sea un tipo de los listos y que están a lo que sale, pero ya somos seis a repartir. No interesa un nuevo socio.

Leigh Mason se encogió de hombros.

—Dando la impresión de que es un trabajo en el que puede necesitarse ayuda, no suscitamos sospechas. Eso es lo que dijo el alemán. Y ahora, basta de charla. Durmamos, que estoy derrengado.

—Aquí, el único de los dos que trabaja soy yo. Tú, con sólo tirarme cuerdas, no te molestarás. Pero yo...

Leigh Mason, ya tendido, quitóse las botas, y vestido, se introdujo entre las mantas. Su habitual trabajo era mucho más reposado. Para matar no había horarios. Y él odiaba los horarios que le daban impresión de ser un honrado trabajador.

Georges Renoir se puso en pie, palpándose la mandíbula.

—Dónde está Gambler? —preguntó ceñudo.

—Ahora mismo acaba de salir —explicó Luella—. Estuvo arriba con los otros dos forasteros...

Pero ya el francés, dejando sobre una mesa su acordeón y atando junto al fuego a los dos animales en sus perchas trasladables, abandonó la taberna, subiéndose el cinto.

Luella, terminando de devorar su chuleta, comentó:

—¡Atiza! Menuda paliza van a pegarse esos dos mastodontes.

—¡Que lo digas! —gorjeó la otra satisfechísima—. Y podemos decir que somos nosotras las que hemos organizado la función.

En el exterior, Georges Renoir miró a su alrededor, escudriñando las sombras que, de vez en cuando, aclaraban los diseminados faroles.

Pero no vió la silueta del que a traición le había colocado aquel recio puñetazo experto, que aun le dolía.

Una menuda figurilla fué a su encuentro, cuando recorría la avenida que conducía al malecón final:

—¡"Big Geo"! ¡Corre al faro! Ina Harness te necesita. Dice que vayas en seguida.

Instantáneamente olvidóse el marino de su barbilla dolorida y de cuanto había sucedido. Sólo le interesaba saber que Ina Harness, la que hasta entonces no manifestó el menor interés por sus declaraciones amorosas, deseaba verle inmediatamente.

Corriendo dirigióse hacia el desierto paraje dónde se alzaba la torreta del faro.

CAPÍTULO III

INA HARNESS

Ina Harness tenía todo el aspecto de una muchacha saludable, de plácidos rasgos abobados que tenían belleza, salvándola de parecer estúpida. Semejaba clásicamente el ejemplar de hermosa que emplea lo menos posible el cerebro.

Su padre era el torrero de Baltimore, y ella manteníase en un aislamiento casi salvaje, encerrándose en el recinto del faro. Lo hacía porque su estatuaría figura, contaba con demasiados admiradores entre la gente de aquel barrio bajo que se extendía en el extremo sur de la ciudad.

Desde el "Nido de las Gaviotas" hasta el faro, había una distancia de tres millas, dos de las cuales transcurrían en un terreno arenoso, que, a modo de estrecho istmo, unía la torre con el resto de Baltimore.

Pero la marea hacia la medianoche subía por aquella época, anegando rápidamente la faja arenosa y convirtiendo en isla la torreta del faro al cuidado de James Harness.

Por su situación, el viento azotaba libremente aquel paraje en vuelto siempre en brumas por el día y en negrura por las noches.

Quien no conociera bien la región, no se aventuraba por el terreno estrecho, cuyo recorrido de dos millas ligaba el continente con la isla del faro.

Ina Harness, después de haber enviado al muchacho que todas las noches acudía a recoger los mariscos que pescaba James Harness para vender, se dispuso a esperar la llegada de "Big Geo".

Ella no estaba enamorada del tuerto, iba pensando, mientras con agilidad que hablaba de su larga práctica, saltaba de roca en roca, descendiendo el accidentado terreno que rodeaba la enhiesta torre.

No estaba enamorada de nadie. Quería y amaba la soledad, el rugir del mar embravecido, el aullido del viento...

En lo alto de la torre brillaba, como un monstruoso diamante, el fulgor del haz de numerosos mecheros de gas, que señalaban a los navegantes que un brazo de tierra cerraba el acceso a la amplia bahía de Baltimore.

Colocóse ella adosada a una roca plana, que naturalmente formaba un a modo de cobertizo ahuecado, donde ni el viento ni la lluvia penetraba.

Era el lugar dónde alguna que otra vez había consentido en recibir el homenaje de la música y las palabras de Georges Renoir, el único que la trataba con respeto de enamorado cuyo solo deseo era hacerla su esposa.

Habíase ella negado a dar esperanzas al marino, pero tampoco le había manifestado la esquivéz que para con todos tenía.

Y aquella noche, Ina Harness tenía una sorpresa preparada para el que avanzaba ahora zarandeado por el viento hacia el lugar donde ella estaba aguardándole.

—Hola, Ina —murmuró Renoir, al entrar en el hueco de la gran roca y

colocarse junto a ella, casi rozando los hombros.

—Hola, "Geo"; te necesitaba.

—Por eso he venido corriendo. Tú sabes que cuanto quieras yo haré.

—¿Cuál es tu ambición?

—Bien lo sabes. Quiero que seas mi esposa.

—¿Qué puedes ofrecerme?

—Encontraré empleo a bordo de cualquier barco, tan pronto tú quieras ser mi esposa. Soy un buen piloto, tengo dotes de mando, puedo imponerme y me he impuesto a las peores tripulaciones. De mi paga, ahorraremos, y dentro de dos años podrás tener casa propia.

—Y tú estarías conmigo a lo más unos días cada tres meses. Yo no me casaré con un hombre que no sea mi continuo compañero.

—Pero... por más buena voluntad que yo tenga, soy piloto, Ina —y la voz del francés era suplicante—. Necesité embarcarme. No lo he hecho hasta ahora porque tu persona me tenía anclado en el "Nido de las Gaviotas". Pero desde que se hundió la goleta yo hubiese podido entrar a bordo de muchos barcos. Todos los capitanes me conocen...

—Yo quiero un barco nuestro, donde tú seas capitán y yo esté contigo. Ver mundo, pero siempre desde una cubierta que me recuerde este faro. Quiero irme de aquí. Mi padre está cada vez peor. Pronto le substituirán, y con su retiro tendremos que irnos a vivir tierra adentro, rodeados de gente. Quiero un barco donde tú seas el único capitán y yo tenga en él mi hogar, porque no podría vivir sin el ruido de las olas.

—¡Es imposible, Ina! —lamentóse él, compungido—. No tengo ahorros. Los he ido consumiendo y, aunque así no fuera, aunque tuviera ahorradas las pagas de veinte años, no podría comprar un barco. Y tampoco puedo embarcar como capitán. Haría cualquier cosa por ti... Pero no pidas imposibles. Esto no lo puedo conseguir.

—Lo puedes conseguir si estás dispuesto a todo —dijo ella, con inflexión de pasmosa seguridad.

—Nunca te oí hablar como ahora, Ina. Parece como si el demonio de los ojos verdes hablase por tu boca. Ese demonio que el mar a veces insufla en los que le amamos.

—¿Tú has visto la barcaza de los que están instalando el vivero en el centro de la bahía?

—Sí.

—¿Nada te ha llamado la atención?

—Es una barcaza que, cuando quieran, pueden hacer navegar por mar abierto, porque es un buen *pailebote*. Han gastado demasiado dinero comprando ese barco, porque les hubiera bastado con una chalana.

—¿Te parecen marinos los forasteros?

—Uno de ellos, sí. Los otros no. Pero, ¿a qué hablar de ellos y de su vivero? ¿Para eso me llamaste?

—¿Sabes quién es el patrón?

—Un alemán de cabeza cuadrada.

—Él y la mujer que le acompaña se alojan en la casita que está allá donde la marea empieza.

—Ya lo sé. Quieren vivir solos. Será su esposa.

—Anteayer noche, después de entregarle los mariscos que mi padre vende al muchacho, vi entrar gente en la casita. Creí que serían contrabandistas de armas y me acerqué...

—Una imprudencia, Ina. Yendo sola te arriesgas.

—Ando sin ruido. Les oí hablar. Eran seis. Y hablaron... ¡del tesoro de Laffitte!

Reinó el Silencio unos instantes en la cóncava roca.

—Leyenda —dijo al fin Georges Renoir, con voz ronca.

—Sabes que no. Tú mismo has oído narrar lo que sucedió. Pero nadie conocía el lugar exacto de la bahía donde quedó sepultado. Ésos lo saben. Tienen los "Pulsos de Oro". Y por eso el flaco bucea, simulando amarrarse cuerdas a las cestas del fondo. Y a la caída de la tarde, van los otros dos, y hay unos tornos a bordo. Con ellos sacarán los cofres que el flaco haya engarfiado, buceando. Lo harán de noche, para que nadie los vea, y cuando tengan el barco lleno, zarparán... ¡con el tesoro de Laffitte!

—Tiembla tu voz, Ina.

—Y la tuya también.

—Yo riquezas no ansió. El oro trae maleficio. Conoces tú la historia. Todos cuantos fueron tras ese tesoro murieron. Yo no quiero riquezas, si eres mi esposa.

—Seré tu esposa si tienes un barco donde mandes como capitán. Tampoco yo me dejo cegar por el oro, "Geo". Lo sabes, porque hubo rico mercader de Baltimore que..., y yo no quise. Seré tu esposa si tienes barco propio donde, al mandar como capitán, pueda tu mujer estar contigo.

—¿Qué debo hacer, Ina?

—Esta misma noche..., si fueras abordó de la barcaza. Ellos son solamente dos hombres. Tú eres fuerte, eres un buen nadador. Puedes deslizarte hasta allí. Yo puedo ayudarte y venir poco después con la lancha de mi padre a recogerte a ti... y uno de los cofres.

—Ellos vigilarán... Yo no quiero exponerte...

Se oyó una risa forzada, como si brotara de una garganta exhausta.

—Nunca me he mareado, Ina, y ahora me tambaleo. Pienso en que puedes ser mi esposa... y en ese tesoro. Esta noche sería precipitarse. Pueden no haber sacado a flote nada. Déjame el día de mañana entero para pensarlo, y al anoecer te vendré a hablar.

—Piénsalo bien, "Geo". Piensa que quiero ser tu esposa, porque conociendo como conozco este secreto, podría haberle propuesto a cualquier hombre decidido; por ejemplo, al marido de Dorothy Woodcock, el que fuéramos a medias. Hay también otros aventureros que...

—Estoy pensando en el recién llegado, en el hombre que me pegó,

interviniendo en defensa del "buceador". ¡Ese hombre debe saber algo! ¡Ese hombre vino tras ellos! Y ha hecho ver que... Tengo que hablar con Rock Gambler. Él puede ayudarme mejor que tú, Ina. Es fuerte...

—Si revelas a nadie lo que te he dicho, entonces sí que correremos peligro los dos, "Geo". No lo hagas.

—¡Tú serás mi esposa, Ina! No digas ni al viejo James lo que has descubierto. Esos seis son pistoleros. Están conjurados para sacar a flote un tesoro, y son criminales que ante nada se detendrán. No salgas de la torre hasta mañana al anochecer, Ina.

—Cuida de ti, "Geo". No quisiera ser viuda antes de cubrir mis cabellos con velo de novia.

—Te amo, Ina. Déjame besarte —suplicó Georges Renoir, apasionadamente. Y su rostro se inclinó sobre el de la muchacha.

Georges Renoir regresó a paso menos lento hacia la taberna. Durante el largo camino, su cerebro trabajaba activamente. Decidió encerrarse en su cuartucho y poner orden en sus pensamientos, turbados por los recientes besos de su novia y la idea del tesoro de Laffitte.

CAPÍTULO IV

EL TEMERARIO

Para Rock Gambler, su viaje a Baltimore tendría corta duración. Había ido tan sólo a vengar la muerte de Magnus Cork ³, que habíase sacrificado revistiendo el disfraz de "El Halcón".

Los autores de su muerte habían sido Rupert von Stroheim e Hilda Bernstein.

La superstición de jugador hacía que Gambler repeliera toda idea de apoderarse de un tesoro, cuyo logro estaba plagado de dificultades y que hasta entonces sólo había servido para dar fe del cumplimiento de la maldición lanzada por Laffitte en el cadalso.

Cuando Gambler intervino defendiendo a Honorio Cienfuegos, su intención fué trabar conocimiento con parte de los componentes del equipo que intentaba apoderarse de los cofres encerrados en el barco hundido.

Despertóse temprano, y advirtió que por debajo de la cerrada puerta habían deslizado un papel escrito.

Leyó:

"El patrón quiere verle para ofrecerle trabajo. Vaya esta mañana al *bungalow* que está a medio camino del faro.

"Leigh Mason."

Algunas veces, Rock Gambler era temerario, pero con frecuencia prefería exagerar la cautela.

Sonrió irónicamente al terminar de leer. Recordaba que en ocasión de la muerte de los dos hermanos Goldinsky ⁴, él estaba presente, y tuvo que ser visto por Rupert von Stroheim.

Mentalmente decidió que él había ido a Baltimore a vengar la muerte de Magnus Cork, matando a los autores de ella, pero no iba a caer en un torpe lazo, acudiendo abiertamente al *bungalow* donde se alojaban Rupert von Stroheim y la que decía ser su secretaria.

—Un hato de criminales, a los que quizá convendría que "El Halcón" diera un escarmiento —resumió a media voz, terminándose de vestir.

Y como siempre que el aventurero, pensaba en el caballeroso bandolero, cuya personalidad misteriosa él suplantaba, su sonrisa perdió cinismo.

Georges Renoir confiaba extraordinariamente en sus fuerzas físicas, y de natural temerario, lo era aún más ahora que un poderoso acicate le alentaba.

Había pasado la mitad de la noche en vela, fraguando planes que abandonaba por imposibles. Y, por fin, creía haber hallado uno factible y con

muchas posibilidades de éxito.

Intentar abordar la barcaza resultaba imposible, porque los dos pistoleros que de noche allí estaban, vigilarían ininterrumpidamente, sin relevarse.

Había pues, decidido arriesgarlo todo a una carta. Pedir dinero, para irse, y asegurar que guardaría silencio. Demostraría que no le interesaba el tesoro porque comprendía que no podía sacarlo a flote sin ayuda. Como precio al silencio por el secreto descubierto, pediría una buena cantidad al alemán que habitaba con una mujer en la casita del bosquecillo cercano al faro.

A aquella hora de la mañana, el "Nido de las Gaviotas" se encontraba totalmente desierto, aparte John Woodcock, que tras el mostrador leía el periódico.

—Los del Sur están envalentonados —comentó, alzando la vista del periódico y a modo de saludo—. Desde la batalla de Manasos, creen ya que tienen en Jason Blake a un Bonaparte. Pero pronto los "vamos" a perseguir hasta Nueva Orleans. Va a decretar el bloqueo de los puertos, y ellos no podrán vender el algodón; además, dice el periodista que los negros se están sublevando en masa.

Georges Renoir, buen francés, tomóse con deleite su café con crema de leche, oyendo sin gran interés las noticias del desarrollo del conflicto entre el Norte y el Sur.

La guerra de Secesión aparecía aún como un incidente parecido a la guerra mejicana. Tratábase sencillamente de hacer entrar en razón a los meridionales, que pronto se rendirían.

En el verano de 1861 la guerra, que hacía cuatro meses había empezado, no parecía a ningún habitante de Norteamérica como guerra que iba a durar cuatro años, con su abundancia de saqueos, incendios, asaltos de indios, rebeliones de negros, bloqueos, y sucesivas alternativas con episodios de pintoresco sabor antiguo.

Ni tampoco el hombre que negligentemente apoyaba sus anchas espaldas contra la pared de entrada, junto al umbral, podía pensar que en esta guerra, uno de los principales personajes iba a ser "El Halcón", que con sus heroicas gestas iba a convertirse en el personaje más legendario, temido y elogiado de todo el mapa bélico.

Por el instante era simplemente Rock Gambler, el aventurero de cínica sonrisa, el que miró de soslayo al francés cuando éste, al ir a salir precipitadamente, se detuvo en seco.

—¿Quién tiró de las riendas? —preguntó amablemente Gambler—. Hacía usted el efecto de un potro brioso, que de pronto es advertido por el jinete de que se aproxima una curva peligrosa.

Georges Renoir aspiró aire, para dominarse.

—Ayer me pegó usted un puñetazo en forma poco leal.

—Me vi obligado a ello. Siempre tuve la debilidad de salir en defensa del débil, y el débil era el otro.

—¿Con un cuchillo en la mano? Oiga, Gambler, eso ya lo arreglaremos

en otra ocasión. Usted me pagará ese golpe, pero mientras, tengo otros asuntos más importantes que atender. Me gustaría poder hablar claro con usted.

—Hable.

—¿Ha oído hablar de los "Pulso de Oro"?

—¿Quién no?

—¿Qué opina?

—Es un lindo cuento de ladrones y hadas. Eso del tesoro escondido, la maldición del corsario, y la gente que va muriendo, es pura fantasía de marinos imaginativos.

—Usted sabe que no. Usted va tras una pista. Y yo también. Seguramente los dos vamos por lo mismo, sólo que con una diferencia.

—¿Por qué me lo cuenta?

—Hay en usted algo que me repele y algo que me atrae. No le quisiera tener por enemigo... aunque llegado el momento, intentaré cobrarme los intereses del golpe que ayer me encajó en la barbilla.

—¿La mona y el loro?

—Los dejo en casa cuando voy de excursión, o cuando me dispongo a repartir golpes. Ya hablásemos más tarde, Gambler.

—Me encanta la charla con usted. Es instructiva, pilotó. Tal vez usted y yo, sí se olvida de esa tontería del tesoro, podamos hacer un trato.

—¿Qué clase de trato?

—Honestísimo. Tengo una lista de buenos pilotos, y usted es el número uno. Hablan muy elogiosamente de sus cualidades de mando, discreción, y trabajo.

—Hasta luego.

Marchóse Renoir ignorante de si el aventurero le hablaba en chanza o en serio.

Minutos después enfilaba la carretera exterior, que conducía al bosquecillo donde se ocultaba la casita de madera ocupada por Rupert von Stroheim e Hilda Bernstein.

Eran las ocho de la mañana. Baltimore se despertaba poco a poco al renovar de las cosas matinales; el cansino paso jamelgo del carro del lechero, el monótono andar de los basureros cantos de gallos vocingleros.

Georges Renoir atravesó el parque al sur del "Hotel de la Independencia" y sus dos calles adyacentes, tomando por punto de destino la pequeña colina boscosa donde estaba la casita solitaria.

Coronados de ligera bruma matinal, veíanse los penachos de humo de las factorías. El mar brillaba azulado-grisáceo, y el cielo aparecía despejado y claro.

Era un espectáculo inexistente para Renoir, que a largos pasos decididos dirigíase hacia la colina. La vegetación, restos finales del exuberante bosque que descendía de la cordillera, se hacía más compacta a medida que iba avanzando.

No se veía edificio alguno en aquel cono de vegetación. Tuvo que abandonar la carretera e internarse por un ancho sendero, que pronto fué estrechándose.

Y de pronto tuvo la perfecta sensación de que se hallaba en plena selva, como si estuviera en el centro de la región del Amazonas.

Sin embargo, a escasa distancia tras él, había dejado las factorías, la carretera por la que andaban seres humanos, y más allá, apenas a una distancia superior a dos millas, la ciudad de Baltimore, con sus blancos edificios.

Pero en su espíritu alentaba la ancestral inquietud del hombre rodeado por una silenciosa vegetación. Nacía el dormido sentido de la intimidación y desorientación que influye en el ánimo haciendo experimentar la necesidad de hablar, de gritar, de silbar, de aturdirse para escapar a la aprensión.

Porque ruido, luz, movimiento, todo se había detenido, no sabía por qué razón, bajo aquellas frondosidades con compactos matorrales.

Parecía como si la vida se hubiese detenido instantáneamente, por respeto o terror. Ningún animal, ni canto, ni onda sonora; sólo en algunos instantes se percibía la modulación temerosa de un pajarito, siempre el mismo, que desgranaba sus tres notas de rama en rama.

El rocío exhalaba de la vegetación un vapor penetrante. Vibraban las aletas nasales del francés, por cuyas venas corría un calor que no sabía explicarse. Era hombre de mar.

Seguía avanzando en busca de la casita, y a menudo le asaltaba la idea de qué se había extraviada en aquel rincón del bosque.

Pero, repentinamente, surgió ante él la visión de Hilda Bernstein, que se apoyaba indolentemente contra la madera, en pie al interior de la galería que circundaba el rústico albergue.

Fué aproximándose Renoir en silencio... Subió la escalera que conducía al interior de la terraza y llegó junto a la alemana.

Apoyó sus dos manos en la pared, una a cada lado de los hombres femeninos.

Ella, desde su aparición, mantenía sus verdes pupilas inquietantes fijas en el pintoresco francés. Sus gruesos labios entreabiertos, parecían modular una invitación a hablar.

De pronto, Renoir pareció despertar de un letargo. Sacudió la cabeza, apartó las manos del tabique, y retrocedió dos pasos.

Tocóse el borde de su gorro de lana.

—Buenos días.

Ella continuó inmóvil, sin apartar sus ojos del rostro masculino.

—¿A qué ha venido?

—Paseando —dijo Renoir, y él mismo se rió de su aclaración pueril.

—Baltimore dista tres millas. La hora es temprana para paseos.

—Las primeras horas de la mañana son las más indicadas para andar.

El trivial diálogo no impidió que Renoir recordase que estaba presentando la espalda al bosque por el cual había venido.

Fué a adosarse junto a la alemana, rozando con el suyo su hombro.

—He venido a esta casucha, porque deseo hablar con su amigo.

—Busca particularmente a alguien que yo conozca? —silabeó ella, que ahora ladeaba la cabeza, siempre fijos sus ojos en los del marino.

—Busco a Rupert von Stroheim.

—¿Le conoce?

—Todavía no. Por eso he venido, para conocerle.

—Está ausente. Fué al barco. Yo estoy sola aquí. No le he invitado; por lo tanto puede desandar el camino.

—Acostumbro ser respetuoso con las mujeres. Pero hasta las siete de la tarde, nada me llama en Baltimore. Puede obligarme a abandonar esta terraza, y entonces me pasearía por entre aquellas plantas esperando que apareciera Rupert von Stroheim, para proponerle un buen trato. ¿Usted no imagina a qué he venido?

—Los de mi rasa no perdemos el tiempo divagando, ni poseemos imaginación inútil.

—Conozco el secreto del vivero.

—¿Sí? —y fué tan suave la voz de Hilda, que semejó un silbido.

—Podré parecer un temerario, pero sé lo que me hago. Conozco el secreto que está en poder de Stroheim. "Los Cuatro Pulsos de Oro". Callaré si se portan conmigo limpiamente, porque...

Lo que le interrumpió la frase fué ver a dos individuos que, saliendo repentinamente de la floresta, se detuvieron a pocos pasos de la casa.

Uno de ellos, grueso y de faz inexpresiva, llevaba su sombrero tejano hundido hasta las orejas.

El otro, era pequeño y sudaba copiosamente, como si hubiese corrido.

Frank Briskin, el tejano, andando pesadamente, subió la escalera, y pegando un golpe con su índice erecto en la corta ala de su sombrero, a modo de saludo, sentóse en el reborde de la balaustrada que rodeaba la terraza.

Distaba dos pasos de Renoir y la alemana.

Leigh Mason entró y, también en silencio, fué a sentarse junto a Briskin. Se abanicaba con la izquierda, y la derecha parecía apoyarse en el riñón diestro.

Georges Renoir quería conservar sus espaldas apoyadas en la pared.

—Visitas —anunció jovialmente.

La exaltación de una próxima pelea, siempre le causaba euforia. Pese a la actitud mudamente amenazadora de los dos recién llegados, sentíase dominante.

Frank Briskin habló:

—Avisados de que venía aquí un tipo al que no convenía dejar salir. ¿Es éste?

Hilda Bernstein ni se movió, ni replicó.

—"¡Sapristi!" —exclamó Renoir—. El festival se anima.

En la breve distancia que separaba la casita del bosque, acababa de

aparecer un individuo alto, bien parecido, pero con exceso de pomada en los negros cabellos. Tenía un torso anchuroso, dada la flacura de sus piernas y caderas.

Y tras él, otro, también alto y de amplías espaldas, vestido con atisbos de distinción. La recia mandíbula y los ojos vivaces eran dos rasgos que, con las hondas arrugas que formaban triángulo entre su nariz y sus labios, complementaban su aspecto de hombre enérgico, lindante en la cuarentena.

Honorio Cienfuegos y Eric Horler, el escandinavo, se detuvieron un instante, como esperando una orden.

Todo sucedió con un ritmo de torbellino desencadenado. El que hasta entonces había semejado un indolente marino estrafulario, de imprudente temeridad, convirtiéndose en algo indescriptible.

No se separó de la pared, sino que salió disparado de ella, y el corto trecho de apenas dos metros, lo atravesó de un salto extraño, que quizá recordaba el avance de un canguro.

Sus dos puños, proyectados hacia delante, chocaron estruendosamente contra el pecho y el entrecejo del hombre del sombrero tejano.

Frank Briskin describió un balanceo hacia atrás, levantando las piernas, y al fin cayó al césped.

El rodillazo que, a la vez, propinó Renoir al otro hombre sentado, no terminó con una caída desde lo alto de la balaustrada, porque el propio agresor, retuvo al que aun en trance de caer, forcejeaba epilépticamente con la diestra hundida en el bolsillo trasero.

La diestra de Renoir asió la muñeca del inglés. Le hizo describir media vuelta, y asestándole un violento zurdazo con la palma abierta, empleó el perfil de la mano para golpear en la base del cráneo del que quedó con la cabeza colgando sobre el pecho.

La doble y simultánea agresión, la retención de Leigh Mason contra su pecho ante él, el retroceso y el adosar de nuevo sus espaldas contra la pared, fueron obra de segundos.

Y la pistola que había arrebatado al inglés, apuntó en semicírculo horizontal a Hilda Bernstein, que no había tenido tiempo de reaccionar, y a Eric Horler que, en la balaustrada, cerca ya de las escaleras, se disponía a subir.

Honorio Cienfuegos estiró el brazo derecho, doblándolo primero hacia atrás. El destello del cuchillo, cruzando los aires, coincidió con el disparo que efectuaba Renoir contra el brazo armado de pistola del escandinavo.

Con un grito agudo, Eric Horler llevóse la mano izquierda al brazo herido.

Leigh Mason no gritó porque estaba muerto: el cuchillo lanzado por Honorio Cienfuegos acababa de hundirse en su garganta, al moverse Renoir ágil y oportunamente.

Pero Georges Renoir no lo podía ver. Lo mantenía sujeto contra sí, a modo de parapeto que le cubría solamente el torso y el vientre... y empleando

como asa el recio cuero del ancho cinto del inglés, que empuñaba con la mano izquierda.

Frank Briskin, tendido de espaldas en el césped, junto a los pies de Horler, produjo una serie de murmullos mientras trataba de sentarse.

—No quiero disparar si no me obligan —dijo Renoir.

Su mirada vigilaba alternativamente a todos...

Al que mascullando originales ternos estrechábase amorosamente el brazo que le pendía inerte a un costado: al que en el suelo había ya logrado sentarse, y a la alemana, que seguía inmóvil.

Pero, sobre todo, a Eric Horler que, con estoicismo, había logrado dominar el dolor, y efectuando un torniquete, desgarrando su camisa, acababa de venderse.

Eric Horler subía las escaleras con paso calmoso.

—Ha habido seguramente un malentendido —dijo.

—Habrá otro si continúa andando —advirtió Renoir, mostrando la pistola que destacaba por su negrura junto a la camisa blanca del que levantaba en vilo como protección y que ignoraba era cadáver.

—Excuse nuestros gestos. Fueron naturales —explicó el escandinavo con voz bien modulada—. Vimos agredir a dos compañeros nuestros, sin provocación alguna. ¡Quieto, Briskin!

La exclamación de Horler impidió el gesto con que el tejano iba a abalanzarse corriendo hacia la derecha de la casita.

Honorio Cienfuegos acechaba como un gato famélico. Briskin dejóse caer sentado a dos pasos de Eric Horler.

—Me he metido en un zafarrancho y saldré de él como sea —dijo Renoir, con el ceño fruncido—. ¡Venga, en pie, tú, tejano! ¡Vuélvete de espaldas!

Briskin miró el arma que le apuntaba y el cuerpo de Mason, inerte y desmadejado... Volvióse lentamente de espaldas.

Cienfuegos, en pie, tornóse progresivamente pálido. Había visto "liquidar" a muchos así...

—¡Tú! ¡También de espaldas!

Las exclamaciones de Renoir eran gritos breves, imperativos. Apoyaba cada una de ellas con un movimiento perentorio de la pistola.

Las dos espaldas de dos hombres en pie eran mucho más fáciles de vigilar.



...apuntó en semicírculo horizontal a Hilda...

—¡Tú! —y ahora la pistola señaló a Horler—. ¡Como ellos! ¡Y a dos pasos de distancia de los otros!

Eric Horler descendió las escaleras y fué a colocarse en el sitio señalado. Acababa de ver algo que le reconfortó...

Georges Renoir, al ver las tres espaldas quietas, soltó al inglés. Le vio caer flácido como un pingajo pajizo... Y también sólo entonces vio el cuchillo que atravesaba su garganta.

Señaló a Hilda Bernstein la balaustrada y ella avanzó tres pasos, hasta colocarse contra el enrejado de madera.

—Me ayudaste, cubano —dijo Renoir, hablando desde lo alto de la terraza, adosado a la madera de la pared—. Despachaste al inglés, que era tu amigo. Yo no he venido a quitaros de en medio, pero esta situación debe resolverse. Vine a hablar con von Stroheim, y os creía a vosotros en el barco. Pero...

Algo blando, viscoso, chocó como caído del cielo, contra la nariz y la boca de Georges Renoir. Un intenso y acre aroma invadió sus pulmones. La masa algodonosa que acababa de aplicarse en húmeda mascarilla contra su rostro, le cegó por el penetrante perfume que despedía.

Era jugo de adormideras, el poderoso narcótico de efectos rápidos y breves en su duración.

Alrededor de sus piernas dos lianas se abrazaron fuertemente. No pudo adivinar que era Hilda Bernstein que, desde hacía un instante, sabía que alguien, encaramado en el tejado de la casita, acechaba al marino.

Y Rupert von Stroheim abatióse con todo su peso encima de la cabeza de Renoir, sin soltar la presión de la mascarilla empapada en jugo de adormideras.

Hilda dejó de abrazar las piernas del que sin sentido acababa de desplomarse bajo los efectos combinados de la dosis de narcótico y la mole de Rupert von Stroheim.

Eric Horler volvió lentamente la cabeza al oír los confusos ruidos. Y su gesto fué imitado por Briskin. Ambos corrieron hacia la terraza.

Púsose en pie Stroheim, sacudiéndose las rodillas. Georges Renoir, tendido de bruces, abierta la mano que había dejado de aprisionar la culata, quedó inerte, rodeado por tres hombres y una mujer en pie.

Los zapatos de Honorio Cienfuegos tocaban el brazo del cadáver de Leigh Mason. Arrancó del cuello del inglés su cuchillo, pero von Stroheim dijo lacónicamente:

—¡No!

El cubano miró asombrado al alemán.

—Este individuo tuerto tras mala suerte. Debe saber lo nuestro.

—Esto es precisamente lo que averiguaré cuando despierte. Vosotros volved al barco. El individuo que debíais atrapar aquí partió a caballo hacia el norte, cuando yo venía. Esperadme a bordo.

—Yo quiero hablarte —dijo Cienfuegos.

—Ya lo harás. Pero ahora, id al barco. Está solo... Y otra vez menos torpeza. Un hombre solo os tuvo en jaque casi mate, a no ser por mi llegada.

—Yo iré primero al hotel a curarme —y Horler señaló su brazo herido por el balazo.

Los otros dos marcháronse sin añadir palabra. No obstante, Honorio Cienfuegos tuvo tiempo de lanzar dos miradas muy distintas. Una de admiración hacia la alemana y otra extraña hacia von Stroheim.

Al quedarse solos ante el cuerpo desvanecido del temerario francés, preguntó Stroheim a Hilda:

—¿Sabes lo que quería?

—Es el marino músico del "Nido de las Gaviotas". Debió espiarnos. Sabe lo que buscamos. Vino a pedir dinero para callarse, supongo.

—Éste tiene una novia, que es la hija del torrero. Llégate a visitar a la muchacha. Máatala si ves que sabe algo.

Reapareció ella poco después, y bajo su chaqueta, abultaba la pistola a solas con Renoir, sentóse von Stroheim.

Empezaba a creer en la maldición que pesaba sobre el tesoro. Todo eran complicaciones. Había leído amenaza en la última mirada que antes de marcharse le arrojó el buceador.

De pronto, púsose en pie de un salto, demostrando su agilidad. Tras él, una voz interrogaba amablemente:

—¿Conoces bastante el inglés, para adivinar el sentido de la frase: "Vengo a matarte"?

CAPÍTULO V

LA MALDICIÓN DE LAFFITTE

Eric Horler separóse de sus otros dos cómplices, cuando bifurcaba la carretera. Briskin y Cienfuegos dirigieron hacia el malecón para internarse en la lancha que había de llevarles al *pailebote* anclado.

El escandinavo empezó a andar hacia el hotel, y estaba próximo a llegar, cuando se detuvo gimiendo.

Dos inofensivos paseantes, que acababan de pasar por su lado, habíanse convertido en agresivos. Y uno de ellos, al asirle por el brazo herido, le había provocado el gemido.

—¡Date preso, Eric Horler!

El otro, que le cogía la mano derecha en un nudo corredizo, añadió:

—Rurales. Tuvimos el soplo de donde estabas. Vas a venir con nosotros a Beamond. Allí te espera el verdugo. Una horca bien preparada. No intentes escapar porque de nosotros no te fugas. Ha terminado tu carrera, Eric Horler. Has intervenido en demasiados crímenes. Ya explicarás al juez, si quieres, lo que hacías por estos andurriales. No debiste nunca abandonar el "bayou".

Eric Horler, lívido de coraje silencioso, dejó de gemir, aunque sus dos brazos estaban experta y duramente atados con cordeles que se hincaban en sus carnes.

Echó a andar flanqueado, por los dos rurales, que descubrieron ya sus estrellas. Lanzó una mirada a la ancha bahía luminosa, donde el tesoro hundido parecía despedir como un halo invisible de maleficio.

Al atardecer, colgaba de un cáñamo, pendiente de un árbol del partido judicial de Beamond.

Rupert von Stroheim llevóse las dos manos al cinto, pero el chasquido de un látigo precedió a la presión que alrededor de sus muñecas efectuó la correa.

Un tirón hacia abajo hizo que los dos disparos que partieron de las bocas de las pistolas se incrustaran en el suelo.

Otro tirón, forzó a sus manos a abandonar las culatas. Rock Gambler apartó de un puntapié las dos pistolas, que fueron a caer en el interior de la casa.

—Me fui a todo galope hacia el Norte cuando te vi, sapo gordo. Pero sólo los idiotas son los que no cambian de idea, o se fían de las apariencias. He vuelto, porque sólo vine a Baltimore para matarte a ti y a tu compañera de crímenes.

Rupert von Stroheim empuñó los ojos, cuando con brusco tirón liberó Gambler sus muñecas, arrollando hacia atrás el látigo, que dejó colgante de su cinto.

—Mataste a Magnus Cork, un hombre bueno de los pocos que quedaban en este valle de luchas y mezquindades. Por eso vengo su matarte. ¿El tesoro? Allá se pudra. No pondré mis manos en él. Hay piedras preciosas y tesoros que traen mala suerte. Voy a matarte a puñetazos, sapo. ¿Ves cómo era cierta la maldición de Laffitte? Trae muy mala suerte...

Rupert von Stroheim separó los tacones. Sus puños se alzaron hasta cubrir la parte superior de su pecho.

Rock Gambler sonrió simulando admiración.

—¿Además de ajedrez os enseñan también pugilismo en tu tierra? Te voy a dar una lección. Algo cara por ser yo el maestro, y barata por ser tú la víctima. Tu pellejo no vale un centavo.

El alemán saltó y su puño derecho buscó la carótida de Gambler. Ésteladeó la cabeza, y su izquierda entró en contacto con el estómago del jefe de los conjurados.

Rock Gambler vigilaba cuidadosamente el menor ademan del coloso estólido que se le enfrentaba. Un voluminoso conglomerado de músculos y carne maciza, de agilidad sorprendente...

El émbolo funcionó con precisión, y la izquierda de Stroheim rozó el costado de Gambler, en vez de estrellarse contra el pecho, porque el aventurero esquivando en doble sentido había neutralizado dos golpes que por su contundencia y el potente impulso rápido con que fueron asestados, le hubieran producido un *knock out* fulminante.

Rupert von Stroheim saltó hacia atrás... Los dos quedáronse respirando expertamente.

Gambler, con guardia baja, apoyados sus dos puños en los muslos. El alemán sonrió y su rostro convirtiéndose en una carátula siniestra.

—¿Jactancias de pugilista?

Apartóse aún más y quitóse la americana bruscamente. Su camisa de seda de cortas mangas reveló un tórax abombado, macizo, de prietos músculos.

—Reduciré a papilla tu rostro y tus huesos —masculló Stroheim. Hablaba con frialdad, pero congestionado el semblante y brillantes los ojillos porcinos.

Rock Gambler hizo el clásico gesto de los profesionales pugilistas londinenses. Levantó la diestra abierta, con cuyo pulgar se dió un papirotazo en el extremo, de la nariz, a la vez que respiraba aceleradamente.

—Vas a morir, sapo. Reventaré tu corazón. Estabas cerca de la gran fortuna, y vas a "palmar".

Distendióse Stroheim fintando un largo golpe al flanco. Doblóse lateralmente al recibir en el hígado un recio rechazazo. La izquierda de Gambler repiqueteó y la mandíbula de Stroheim crujió con opaca sonoridad.

Y una biela loca pero científica, fué acorralando al alemán, en sucesivo aluvión de golpes contra los que intentó cubrirse apresuradamente.

Las macizas espaldas del coloso apoyáronse contra el tabique de madera

tratando del colocar algún golpe. Pero sus ojos no veían, ya que enconadamente, Gambler los había tomado como primer objetivo.

Tambaleóse Stroheim, pero no cayó hacia adelante, porque se lo impedían los puños que incansablemente, con abrumadora contundencia de martillo, le golpeaban una y otra vez el rostro y el pecho.

Su contrincante aplicó sin golpear el puño en su frente, manteniéndolo en pie contra el tabique que hasta entonces había ido repitiendo en eco lastimero la repercusión de las espaldas y la base del cráneo del alemán.

Una densa lividez, aureolando las comisuras de los sangrientos labios de Stroheim, avisó a Gambler. Sus golpes al corazón habían realizado su objeto.

Pero en final desahogo, la izquierda de Gambler retrocedió hasta el máximo y hundióse en la garganta del holandés.

Era un golpe que bastaba para quebrar la vida de un hombre. El tabique cedió y Rupert von Stroheim cayó de espaldas encima de las maderas astilladas, y al interior de la casa.

—Consuélate. No pagarás las reparaciones —dijo Gambler.

Inclinóse, y su mano buscó el latido de las sienes del alemán. Toda vida había cesado en el hombre, muerto brutalmente a puñetazos.

Dirigióse Gambler hacia el lugar donde seguía inconsciente Georges Renoir. Le levantó en vilo, y con él en brazos, marchó hacia donde "Brujo", el negro potro, estaba dócilmente acostado entre la maleza.

Tendió a través de la silla el cuerpo del marino, y montando, puso al trote su caballo.

Tenía que encontrar a Hilda Bernstein, la segunda autora de la muerte de Magnus Cork.

Ina Harness, desde lo alto de la torre, vio ascender a la alemana. Sintió un extraño presentimiento, como si se acercara una trágica situación.

Descendió ella, para salir al encuentro de Hilda Bernstein. Se enfrentaron entre dos rocas, junto al acantilado, que abría su honda sima bañada en la base por el agua que bullía entre arrecifes agudos.

—Buenos días. ¿Es usted Ina Harness?

—Lo soy. ¿Y usted?

No había amabilidad en el tono de las dos mujeres. Ambas tenían de común la lozana fuerza corporal.

—Soy Hilda Bernstein. Su novio ha venido a visitarme. Deseaba proponerme un pacto. ¿Sabe usted de qué se trata?

—Yo fui... quien avisó a "Geo".

Los verdes ojos de Hilda destellaron, un segundo antes de que su mano se deslizara hacia su cinto, bajo la chaqueta.

—No me gusta su presencia, Hilda Bernstein —dijo duramente Ina Harness.

Cuando la alemana tocaba ya la culata de su pistola, emitió un sonido discordante, sorprendida por el choque inesperado de la mano de Ina Harness aprisionando su antebrazo...

Retorció la hija del torrero, que en otras ocasiones también había sorprendido a osados marineros, con la fuerza de sus manos. Forcejearon ambas, y, de pronto, gritó Ina Harness al sentirse atraída hacia atrás. Distaban ambas escasamente medio metro del borde del abismo. Hilda quiso recuperar el equilibrio. La hija del torrero para no caer, repelió con salvaje brusquedad el cuerpo de la alemana.

El cuerpo de Hilda Bernstein describió un arco en el aire. Cayó velozmente, para estrellarse contra las puntiagudas piedras semibañadas por el mar.

Su destrozado cadáver fué sumergiéndose a los lentos embates suaves del oleaje rompiente.

Trémula y despavorida, Ina Harness sucumbió a su condición de mujer. Retrocedió tambaleándose, para caer desvanecida.

Honorio Cienfuegos, desnudo el torso, tensó la cuerda de considerable largura en cuyo final una voluminosa piedra, obraba de plomada cuyo fondo era el lugar donde estaba, el casco del barco de Laffitte.

—Dame, la engarfiada —ordenó al tejano.

Frank Briskin le alargó un rollo de cuerdas rematado por un garfio. Colocóse el cubano el rollo alrededor del hombro. Aspiró aire por varias veces. Lo exhaló satisfecho de su capacidad torácica.

—Escúchame bien, tejano. Cuando sientas tirones en esta cuerda que me sirve para bajar, dale al torno para auparme. Es vital para ti, tanto como para mí. Si no subo, no habrá "buceador" que baje donde yo llego, y os mudáis sin tesoro. ¿Entendido?

—Descuida. No soy torpe. He entendido perfectamente.

Cuando se sumergió Cienfuegos, la mente de Briskin formuló una suposición. Cuando el cubano colocara los últimos garfios, bastaría con no manejar el torno...

En el agua, Honorio Cienfuegos acreditaba su larga experiencia de pescador de esponjas. Sus dos manos parecían querer levantar el peso de la piedra hundida en el limo del casco.

Avanzaba hacia abajo, pies en alto, con rapidez vertiginosa. Tocaron sus pies la cubierta del fangoso casco, mucho después que sus manos asían la piedra.

Y con el propio garfio de la cuerda, que debía encajar en uno de los cofres del interior, fué andando agachado venciendo la tendencia del cuerpo a subir empujado por el agua.

Iba a entrar en la cala, cuando una masa negra apareció ante él. Tiró

Cienfuegos frenéticamente de la cuerda lastrada.

Pero el pulpo gigantesco alargó varios tentáculos, cuyas gelatinosas vesículas se adherieron a sus miembros viscosamente en prieto abrazo.

El negro pulpo succionó ávidamente, apretando aun más el enlace de sus múltiples tentáculos.

Había sido el único habitante del casco sumergido, y no aceptaba intrusos.

En cubierta, Frank Briskin hacía rodar el cilindro del torno a toda prisa. Le parecía que el cuerpo de Cienfuegos pesaba más de lo natural. Lo atribuyó a la presión del agua. Cuando empezó a surgir algo del agua, miró Briskin, y pese a toda su flemma, se le escapó de las manos la manivela.

Era horrorosa la visión del pulpo cubriendo el cuerpo cuya piel veíase a trechos por entre los negros tentáculos.

Con su presa humana volvió a sumergirse el monstruo. Cuando de nuevo, ya repuesto, haló Briskin, la cuerda apareció solitaria llevando a su extremo la gruesa piedra.

Secándose el sudor, Frank Briskin tendióse en cubierta, sintiendo que sus piernas flojeaban. Una cosa era matar, y otra, muy distinta, ver surgir inesperadamente a un animal de la horrible fealdad del pulpo negro que había aprisionado a Honorio Cienfuegos.

Debía aguardar la llegada de Horler, o von Stroheim. No podía marcharse a comunicarles la pérdida del "buceador".

Rock Gambler, por el camino hacia el faro, varias veces sumergió en el agua al adormilado Renoir. Pero sólo logró reanimarlo cuando ya estaban en la base de la roquiza torreta.

Desmontó entonces de nuevo. Cayóse Renoir de la silla, y desde el suelo, intentó levantarse.

—¿Dónde estoy?

—¡Qué falta de originalidad! Está usted "sonado", amigo. Sígame si puede, que vamos a visitar a su novia. Me parece que ha recibido una visita algo peligrosa. Espero que será usted viudo, sin haber pasado por las delicias supuestas del matrimonio de amor. Le vi pelear, piloto. No lo hace mal, pero también a veces hay que mirar hacia arriba.

—¡Mire! —gritó angustiado Renoir señalando hacia lo alto.

Veíanse a las dos mujeres, forcejeando abrazadas. Desprendióse el cuerpo de la alemana, rechazado por Ina Harness.

Georges Renoir, continuamente remojado, reaccionó con más prontitud ahora. Lanzóse peñas arriba con agilidad de gamo.

Tras él, andando más reposadamente, siguió Gambler. Llegó para ver al francés arrodillado, y prodigando ternezas incoherentes, a la que sacudiendo la cabeza, parecía luchar contra los restos de una pesadilla.

—¿A que también pregunta dónde está? Sea amable, piloto, y apresúrese a tranquilizarla. Dígale que se halla en brazos del amor. ¿Le pongo música a la letra? Mientras ella se recupera, abra bien los oídos, Georges Renoir. Usted y su amor, por lo que fuera, olieron el tesoro de Laffitte. Haga caso a un jugador inteligente. Olvide este asunto. Suponga que pueda sacar los barriles o cofres de moneda. No lo lograría, pero supóngalo. ¿Cree que no habría curiosos que intentarían quitarle de en medio? La maldición del pirata Laffitte no fué más que un alarde de psicólogo. Sabía que el oro es el culpable de todas las violencias. Son muchos ya los que han muerto tras este oro. Si le gustan los riesgos, yo le proporcionaré unos menores y más provechosos, que puedan vencerse con las cualidades que usted tiene. Fuí a Washington en busca de un buen piloto que pudiera ser único capitán de un buen barco. Allí conseguí una lista de marinos. Había su nombre mencionado como de primera categoría. Le he visto pelear. Podrá imponerse, yo no soy un visionario ni busco tesoros malditos. Por si lo ignoraba, dado que tanto le gusta el acordeón, recuerde que hay guerra. Pronto estos mares se pondrán intransitables. Bloquearán el litoral, y se pagarán bien los muchachos jóvenes con algo de piratas, y que no sean viejos e ingenuos lobos de mar. En Londres hay en una dirección, un acaudalado armador, al cual, si usted va transmitiendo verbalmente, y a modo de contraseña, unas palabras mías, le encantará ofrecerle la ocasión de traer armamento para los yanquis. Tendrá una paga magnífica, rancho a bordo, y prima de recompensa por cada cargamento que pase. Al fin de la guerra, con un poco de suerte y ahorro, estará usted en condiciones de comprarse barco propio. Piénselo, le doy cinco minutos. Después me voy. Ya está terminado el asunto que aquí me trajo, y en el que por cierto su amor, me ha ayudado. Me ha evitado despeñar a una mujer. Estimo que para matar a asesinas, no hay nada mejor que una mano inocente y femenina; tiene algo de castigo providencial.

Miró Rock Gambler hacia la bahía. Veíase diminuta la silueta del *pailebote*, dos de cuyos dueños habían muerto.

—Aceptado.

Miró él sorprendido, porque quien había hablado era Ina Harness, ya en pie.

—¿Usted es piloto? Creo que fué a su novio a quien le propuse enrolarse a las órdenes de quien le pagará en Londres. Yo me limitaré a entregarle dinero para el pasaje hasta Londres.

—Marcharemos él y yo, casados. Y yo, iré a bordo con él.

—Bien, bien... No es asunto mío. El capitán del barco será usted, Georges Renoir. ¿Está de acuerdo con lo que dice la capitana?

—Sin ella, yo sería incapaz de acometer ninguna empresa con éxito. Con ella a bordo, burlaré todos los bloqueos.

—Burle el primero. Recoja su mona, su loro y su acordeón, y desaparezca de Baltimore y del "Nido de las Gaviotas". Quedan aun varios pistoleros, y estará usted mejor camino de Londres.

Del bolsillo extrajo Gambler un fajo de billetes que contó uno a uno.

—Anticipo de paga. No me hace falta promesa alguna, Georges Renoir. Usted no es un marino borracho ni informal.

Georges Renoir, después de embolsarse los dolares, sonrió:

—No pensé... que me trajera usted suerte, *mister* Gambler. Gracias por haberme sacado de la casa del bosque, y por darme esta magnífica oportunidad.

—No me lo agradezca. Necesitaba un marino... y usted es lo más parecido a los marinos de las estampas de historias de piratas.

Cuando los dos subían hacia el faro, Rock Gambler meditó unos instantes. Quizás Georges Renoir sentiría alguna vez deseos de volver a la bahía del tesoro.

Pero la sensatez se impondría... Y más cuando se marchaba convencido de que Rupert von Stroheim lograría arrancar del fondo de los mares el tesoro sobre el que pesaba la maldición de Laffitte.

Descabalgó Rock Gambler ante la puerta del "Hotel de la Independencia". No manifestó sorpresa alguna, cuando en un rincón de la sala, vio a alguien muy conocido.

Uno de los tantos agentes que tenía repartidos por el litoral, a la recogida de informes.

Tan sólo le extrañó porque aquel hombre de aspecto inofensivo era Elmer Lorry, el encargado de la funeraria de la ciudad portuaria de Savannah.

Elmer Lorry, el hombre que le había ayudado a fingirse muerto, dando entierro a un maniquí, para despistar a los pistoleros enviados a matarle ⁵.

Avanzó hacia una mesa cercana, pero se detuvo para escuchar la animada conversación que desde una mesa mantenía un marino con John Woodcock, el dueño de la taberna.

—Tal como te digo, John. Un pulpo se tragó a uno de los dos, y el otro fué sorprendido tumbado en cubierta del *pailebote*, por los dos rurales que venían a buscarle. Parece ser que eran pistoleros perseguidos, y fueron vistos llegando a Baltimore. Eran del "bayou", la comarca del Sur, infestada de tiburones y presidiarios. Los dos rurales tuvieron que disparar, porque al subir a cubierta, el tejano echó mano de la pistola. Total, que han ahorrado trabajo al *sheriff*.

—Entonces, ¿el vivero? preguntó, John Woodcock.

—Los rurales esperaron la llegada de unos cuantos marinos, y han levado anclas... Se incautaron del *pailebote*. También fueron torpes. Meterse a buscar mariscos en zona tan honda. Se acabó el vivero. La sonrisa de Gambler fué un compendio de sarcasmo. El tesoro de Laffitte continuaba sumergido y fuera del alcance de ningún ser humano. Hasta que alguien hallara los brazaletes de oro...

Pero dos de ellos habíanse hundido con el cadáver de Hilda Bernstein. Y los otros dos estaban con el cadáver de Rupert von Stroheim. ¿Quiénes serían los que seguirían experimentando los efectos del testamento psicológico del

mayor de los Laffitte?

Desentendióse de ello, para indicar, a Dorothy Woodcock, que descendieran de su habitación el equipaje.

Sentóse junto a Elmer Lorry. Vió en el rostro del propietario de la empresa de pompas fúnebres de Savannah, una expresión tensa, anhelante...

—¿Nuevo en la ciudad, forastero? —preguntó Gambler.

—Sí, caballero —replicó Lorry con voz temblona.

—Si necesita un guía, sígame.

Y al hablar así, Gambler levantóse, algo perplejo. Percibía claramente que Elmer Lorry traía una noticia grave, pues de lo contrario no se hubiera molestado en trasladarse a Baltimore.

Ya en el exterior, montó a caballo, recogiendo el saco que le entregó Dorothy Woodcock. Tras él, Elmer Lorry cabalgó a lomos de un bayo nervioso y de buena estampa.

Picó taconazos Gambler, y "Brujo" arrancó al trote. Cuando ya quedaban muy atrás el faro, el "Nido de las Gaviotas", y el suburbio exterior de Baltimore y se abría anchurosa la carretera del Sur, internó Gambler su caballo entre unos árboles.

Desmontó, y aguardó a que haciendo lo mismo ante él, se detuviera Elmer Lorry, que nerviosamente retorció la brida de su caballo.

—Habla ya, Elmer, que nadie puede oírnos, aparte de los pájaros que van de rama en rama.

—Es largo y complicado lo que tengo que explicarle, señor. He huido de Savannah.

—¿Te buscabas clientes forzosos?

—Jeremy Dupont Bloke, el jefe de los rurales de Savannah, descubrió que no era cierta su muerte. Abrieron la tumba y hallaron el maniquí. Vinieron por mí. Le acompañaban tres pistoleros: Jim Cordy, y los gemelos Trimbald. Parece ser que fué Jim Cordy el que aconsejó a Jeremy Dupont Bloke que ordenara abrir la tumba.

—Bien. Eso es un incidente molesto, pero nada más. Buscaremos para ti otra funeraria en el norte y ya pondré en Savannah a otro agente.

—Pero es que... hay algo peor, señor.

—Pájaro de buen agüero estás hoy, Elmer.

—Es difícil... explicárselo, señor. Temo que usted se moleste.

—Te aprecio, Elmer, porque me recuerdas a un perro que recogía el azúcar con cara de alegría, y que cuando se le daba ponía la misma cara de conmiseración que la que estás tú luciendo.

—La señorita Norah Blondel...

Rock Gambler dejó de ser el sarcástico indiferente; su diestra asió la solapa de la levita de Elmer Lorry.

—Dale de prisa a la lengua, funerario.



...descubrió que no era cierta su muerte.

—El indio renegado cheyene Squaker fué visto galopando hacía los "Montes del Álamo", llevando en su grupa, maniatada y amordazada, a la señorita Norah Blondel. Pero... creo que en este rapto están mezclados Dupont y los pistoleros Cordy y Trimball... Creo que...

—¡No lo que creas, sino lo qué sabes!

—Squaker estuvo con Jim Cordy y los Trimball, después de que éstos con Jeremy Dupont Bloke, abrieran la tumba.

Subió Gambler a la silla de "Brujo".

—Vete a Norfolk, Elmer. Allí te dirán dónde debes ir. Habla con Lortimer.

—Bien, señor. Me parece que la señorita Blondel no sufrirá daño alguno... porque ha sido hecho prisionera, seguramente para atraerle a usted a Savannah.

—Pues lo han logrado... pero creo y sé, Elmer, que si voy a Savannah es para darle cien y raya al cheyene renegado. Hay cuatro cabelleras que me pertenecen. A los que emplean indios, no deberá extrañarles que se emplee con ellos métodos de indio. Adiós, Elmer.

Quedóse Elmer Lorry sacudiendo tristemente la cabeza, mientras veía partir a todo galope a Rock Gambler.

Era cierto lo que suponía. Rock Gambler, pese a todo su cinismo, amaba a la rubia y bella propietaria del "Drinker's House" de Savannah.

SEGUNDA PARTE

Una cabellera y tres postes de tortura

CAPÍTULO I

EL RAPTO

Jeremy Dupont Bloke, para quien no supiese quién era en realidad, aparentaba ser un obsequioso y cortés personaje, de rostro redondo y moreno, blanquísimos dientes, cabellos canosos y modales exquisitos.

Su manera de hablar parecía siempre una petición de indulgencia, como si aborreciera tanto las estridencias verbales como las físicas.

Era, no obstante, el jefe de los rurales de la hermosa y turbulenta ciudad portuaria de Savannah, la bella ciudad sudista.

Cuantos, engañados por su apacible primer interrogatorio, habíanse atrincherado en reticencias de expertos delincuentes lo habían declarado cuando ya era tarde.

No habían previsto lo que se avecinaba cuando Jeremy Dupont Bloke, descendiente de franceses, colocándose unos guantes amarillos con gesto mundano de quien se dirige a una fiesta en la que va a divertirse discretamente asestaba después crueles y perversos puñetazos expertos, en los que las plaquitas de hierro que llevaba bajo la piel de los guantes, buscaban las partes más sensibles de la anatomía facial del interrogado. Llevaba dos años, desde 1859, ejerciendo el cometido de jefe rural de Savannah, y su aparente cortesía era tan comentada como su real insensibilidad cruel.

Pero nunca había acogido la noticia de una muerte violenta con tanto agrado como cuando, hacía un mes, fueron a despertarle para hacerle saber que en el "Drinker's House" había sido muerto de un disparo el forastero Rock Gambler.

Rock Gambler era el único que sabía que el mestizo odiaba cordialmente a los sudistas, pese a aparentar todo lo contrario. Por eso la muerte de Gambler suponía para Dupont el secreto.

Paseábase como un transeúnte ocioso por las calles exteriores de Savannah, lejos del malecón, donde hallaba regocijo estético contemplando los floridos jardines, cuando su siempre alerta espíritu le hizo prevenirse.

Dió media vuelta rápida, apoyadas las manos en su cinto, para enfrentarse favorablemente desde el tronco tras el que había saltado, con los tres individuos, cuyos pasos cautelosos surgiendo de una alameda cercana, habíanle alertado.

Pero los tres deseaban manifestar que su intención era pacífica, por cuanto mantuvieron las manos asiéndose las solapas, lejos de las fundas pistoleras.

Los tres tenían la mirada dura e inquisidora de los pistoleros endurecidos. Uno era Jim Cordy, capataz del rico terrateniente Theodor Clayton, y sus dos ayudantes, los hermanos gemelos Trimbull.

Jeremy Dupont abandonó el troco protector, porque varios paseantes aproximábanse.

—Buenos día, "messieurs" —dijo cortésmente—. Si mi memoria es fiel, les invité a no reaparecer más por Savannah. Ustedes residen en la lindísima ciudad de Beaufort, y no comprendo que hacen por aquí.

—Es a propósito de Rock Gambler —dijo ceñudamente Jim Cordy.

Jeremy Dupont tizo un ademán indolente, que apuntaba hacia las barbillas de los tres hombres, que ostentaban recientes cicatrices.

—"Monsieur" Gambler les rompió a ustedes la mandíbula, pero el tiempo todo lo cura; no le guarden rencor a un difunto, que yace enterrado y pacíficamente en el cementerio de Savannah.

—Theodor Clayton asegura que Rock Gambler no murió.

—En vida de "monsieur" Gambler me brindé a él mismo a ser el portador de su propio ataúd. Era un honor que me pertenecía. Fuí uno de los cuatro hombres que llevé encima de mis espaldas el pesado catafalco. Siempre, y aun muerto, me resultó pesado este aventurero. Pero no murmuramos de los muertos. Paz a sus cenizas.

Sin embargo, los ojos del mestizo tenían brillo intrigado. Theodor Clayton no era hombre que hablara a la ligera.

Tampoco se hubiera desplazado Cordy con sus ayudantes de no mediar alguna solidez en su afirmación.

—¿Por qué no vino el propio señor Clayton?

—Dice que mientras pueda rondar por los alrededores de Savannah este individuo, no se acerca. Es excusable. Mi es patrón valiente, pero Rock Gambler le amenazó de muerte. Hemos venido a ayudar a la justicia.

—Atención que agradezco. Ahora pido hechos. Si yo acompañé al difunto, ¿cómo puedo poner en concordancia su mal deseo de que esté vivo?

—Mi patrón afirma que basta ver a Sally, la patrona del "Drinker's".

—¿"Mademoiselle" Norah Blondel, apodada Sally por deseo propio? Esta señorita ha sabido sobreponerse a su pena. Eso es todo.

—Norah Blondel estaba profundamente enamorada...

—Dejémonos de fáciles estudios psicológicos. El alma de una mujer es algo por encima de nuestras míseras inteligencias, señores. Es como si pretendiéramos descifrar los jeroglíficos egipcios. Las mujeres y las cosas deben aceptarse tal como son y vienen. Pido hechos y no explicaciones basadas en melancólicas sonrisas femeninas.

—Acompañenos a la tumba de Rock Gambler. Usted tiene atribuciones para abrirla, ¿no?

—Metafóricamente he abierto muchas... de caballeros como ustedes. Pero si me dan algún argumento de peso, quizás condescienda a visitar el camposanto. Soy sensible y los espectáculos macabros me entristecen.

—Suponga que hay un maniquí en la tumba...

—Suposición detestable. "Monsieur" Rock Gambler era muy ducho en toda clase de juegos de manos, pies y puños. Era un artista de la trampa. Pero no llegaba hasta la perfección de escamotear su propio cadáver y substituirlo por un maniquí. Atiéndanme, caballeros. Yo me encontraba delicadamente

dedicado a la contemplación de las flores y han venido a turbar mi paz espiritual..., pero han suscitado mi curiosidad. Les juro, que si en la tumba, profanamos el aire de reposo de un cadáver que tiene derecho a no recibir visitas, intentaré suscitar en sus mandíbulas el recuerdo de los expertos golpes de "monsieur" Rock Gambler.

Jim Cordy torció la boca desdeñoso. Detestaba profundamente al jefe rural, que le parecía el colmo de la empalagosidad, pero obedecía órdenes de Theodor Clayton.

Y no podía decir que con sus propios ojos había visto él maniquí polvoriento y roído en sus ropas, que ocupaba el ataúd enterrado como conteniendo el cuerpo muerto de Rock Gambler.

Jeremy Dupont Bloke estuvo muy atareado aquella mañana. Cuando regresó a la funeraria de Elmer Lorry, la halló vacía de su dueño, y en el establo no vio tampoco al bayo veloz y resistente.

—Se escapó —dijo innecesariamente Jim Cordy—. Fué cómplice de Rock Gambler en el engaño.

—Bien, bien, bien... Ya tenía yo mis sospechas de que era imposible que "monsieur" Gambler cayera tan estúpidamente. Pero desearía verlo, porque es interesante el truco con el cual logró que su corazón no latiera. Es francamente un truco inexplicable. Dígame, Cordy, aprovechando la discreta mudez de los Trimbball, ¿tiene usted alguna idea del paradero de nuestro resucitado?

—No.

—Entonces... ¿nada puede sugerirme? Tengo para mí la idea de que usted vino con su plan.

—Norah Blondel y Squaker —dijo secamente el capataz.

Jeremy Dupont entornó los ojos y su sonrisa era un prodigio de afabilidad.

—Soy muy torpe, Cordy. Acláreme.

—Todo Savannah está convencido de que Rock Gambler pretendía casarse con Norah Blondel, porque la amaba. Raptando escandalosamente a Norah Blondel, tarde o temprano se enterará Gambler... y vendrá. Entonces...

—¿Cree usted, en un arrebato sentimental por parte del resucitado? Posible, posible. Norah es bellísima... ¿Y por qué Squaker y no ustedes, tres?

—Squaker es un forajido. Nosotros somos gente al servicio de Theodor Clayton.

—Comprendo... Pero parece olvidar que está hablando con un representante de la ley. Echaré en olvido sus sugerencias, Cordy. Váyase... y procure, convencer rápidamente a Squaker. Pero convénzale también que si el "whisky" le hiciera concebir la idea de dar muerte a Norah Blondel, yo mismo registraría palmo a palmo los montes del Álamo hasta dar con su guarida, porque es detestable la idea de una belleza muerta por un indio renegado. Particularmente usted me responde, Cordy, que Norah no sufrirá ningún daño. Es un señuelo con el que atraer al gavilán, pero la paloma debe quedar con

vida. Váyanse. Empiezo a cansarme de ser tan condescendiente con ustedes.

Jim Cordy y los dos gemelos salieron. En la calle, uno de los Trimball murmuró:

—Daría el meñique por acribillarlo.

—Yo también —afirmó el otro—. Es un plato de natillas con veneno.

—Por el instante, a lo nuestro. Ya sabéis que Clayton nos ha prometido mil dolares a cada uno, si cae Gambler en la red. Vayamos a llevarle "whisky" a Squaker.

Norah Blondel regentaba como siempre los destinos del "Drinker's House", sentada en lo alto de su sitio tras el mostrador, como una reina condescendiendo a presidir fiestas en su honor.

La melancolía de su sonrisa sólo tenía un motivo; la ausencia del que sabía siempre en continuo riesgo.

Aquella noche, cuando aun había escasa concurrencia, divisó ella la figura del jefe rural, que se aproximaba al mostrador.

Quitóse el sombrero, y su saludo amplio tuvo algo de reminiscencia a los chambergazos de un cortesano.

—Buenas noches, "madame". Siempre asombrado ante la dulce belleza que soporta tan valientemente la eterna ausencia de "monsieur" Rock.

Norah Blondel conocía demasiado el enrevesado carácter del jefe rural.

—Siempre asombrada ante su exquisitez, Dupont. ¿Champaña o *whisky*?

—Ante usted sería una grosería beber algo que no fuera el chispeante burbujeo del champaña, "madame". Hay entre el dorado vino y usted una semejanza. Es suave, picante, alegre... Mejor dicho, como era usted antes de conocer a "monsieur" Rock. Después el amor enturbió el claro dorado y...

—Oiga, Dupont, hay instantes en que me enoja usted, y me gustaría pedirle prestados los guantes. Me contengo, porque Rock decía que mi vulgaridad es un encanto que debo esconder, y también porque usted es el jefe rural de Savannah.

—Ante usted soy un caballero particular que le rinde el homenaje de su sincera admiración.

—Si es así, ¿por qué no deja en paz a Rock? ¿Por qué parece complacerse en remover la llaga?

—Digamos, mejor remover el puñal en la llaga. Soy un romántico, "madame", y cuando contemplo a dos enamorados me conmuevo. Y la seguridad de que el amor entre Rock y usted...

—Beba, Dupont, que con la copa en la boca, no podrá decir sandeces. Hay una virtud que desearía conociera. Y se llama discreción. Déjeme a mí tranquila con sus sempiternas alusiones a mi amor, a Rock, y a todas esas cosas que a usted le tienen que dejar totalmente sin cuidado.

—No se ofenda, "madame". El enojo aumenta su considerabilísima

belleza confiriéndole un atractivo más. Al igual que apreciaba a Rock Gambler por considerarlo un artista de la canallada, aprecio a usted, por su simpática sinceridad, cualidad ésta poco abundante, según afirmaba el propio "monsieur" Gambler. ¿Qué tal, qué tal sigue nuestro amigo?

—Una burla impropia de un caballero si usted lo fuera es mofarse de quien no está... presente.

—Su champaña es excelente, "madame". Durante cierto tiempo creo que no tendré el placer de beber una copa, extasiándome ante su trono.

—¿Se va de viaje? ¡No me dé esta alegre esperanza!

Rió Dupont amablemente, recogiendo su sombrero.

—Tres dolares —dijo Norah—. ¿Lo apunto en su cuenta?

—Apunte, "madame". Hasta pronto. Buenas noches, y al salir el jefe rural, Norah Blondel musitó por entre dientes una serie de deseos poco favorables para la integridad física del que habíase marchado.

Jim Cordy y los dos gemelos Trimball, descabalaron en el páramo de la barrancada que conducía a los montes del Álamo.

Nadie se aventuraba a solas por aquellos lugares de intrincada espesura que habían sido elegidos por el acosado Warin Squaker, el indio cheyene, que huyendo a la venganza de sus hermanos de tribu, había durante cierto tiempo, convivido con los blancos en Savanah.

Pero para el cheyene, salvaje de por sí, el licor de los blancos, encendía en él chispas de fuego.

Culpable de dos muertes, en su huida había cometido otra matanza, asaltando una granja solitaria y descabellando a sus moradores.

Se sabía perseguido, y no ignoraba que cualquier blanco que lo viera, dispararía contra él como a un perro rabioso al que hay que exterminar.

En los montes del Álamo con sus vericuetos y cuevas, había el cheyene encontrado un refugio bastante seguro.

Dos días antes tres blancos habían descabalgado, dejando dos botellas de *whisky*, bien visibles. Squaker, recelando una trampa, no había acudido a la tentación, hasta que la noche cayó.

El día anterior repitióse el obsequio, y ahora, Squaker, tendido en el suelo, en su puesto favorito de acecho, veía que los tres desconocidos dejaban de nuevo dos frascos.

Las dos botellas que ingeridas prestamente una tras otra, le concedían una noche de modorra, en que todo parecía desaparecer, para calmar su sangre después de una salvaje danza con alaridos que le dejaban agotado.

Pero esta vez, en lugar de marcharse los tres blancos sentáronse, colocando a los pies el propio cinto. Gesto invitador.

En la rendija estrecha por la cuál a duras penas podía deslizarse, el cheyene meditó. Si fueran rurales, no acudirían a ardid tan burdo. Empuñó su

corta hacha, dispuesto a arrojarla.

Ladeó sobre sus hombros el arco de flechas, presto a servirse de él, al menor intento hostil de los donantes misteriosos, y deslizándose empezó a andar, como un felino, silenciosamente amortiguado su paso elástico por la suela de los mocasines.

Avanzó hasta aparecer a la entrada de la barrancada. Jim Cordy levanto una mano, sonriendo. Los dos gemelos remitieron el Resto.

—Por ti y por nosotros, nos conviene pactar amistad, Squaker —dijo solemnemente Jim Cordy.

El indio agitó la cabeza, en gesto ladino.

—Soy renegado, blanco. No emplees conmigo futezas para tratar con los indios sin civilizar. Habla claro.

—Puedes ganar hoy cincuenta dolares, y durante algún tiempo cinco dolares diarios. Y cuando termine aquello para lo cual te necesitamos, recibirás cincuenta dolares más, un caballo bueno, y un rifle nuevo.

—Nunca los pieles pálidas tuvieron generosidad de alma, si no fué con intención de beneficiarse. Fui a la escuela de los pálidos, y allí aprendí demasiadas cosas que me hicieron lo que soy. Os odio. Y sólo de vosotros, quiero el *whisky*. Idos.

—No tendrías más que raptar a una blanca, guardarla prisionera, y matarla cuando te lo dijéramos —insinuó Jim Cordy.

—¿Y si la matara cuando se me antojara?

—Perderías cincuenta dolares, un caballo y un rifle. Las tres cosas que precisas para huir de esta comarca, donde un día u otro Jeremy Dupont Bloke te cazará.

—¿Quién es la mujer blanca?

—Sally, la dueña del "Drinker's House".

—Conozco. Es Norah Blondel. Mal genio. Muy hermosa. Rubia, blanquísima, muchos dolares...

—Todas las noches se retira a sus habitaciones a las cuatro de la madrugada. Habrá, un caballo junto al "Drinker's House". ¡Es un matalón, con estrella blanca en la frente, y jabonero! Te llevaría hasta aquí, pero no te servirá para huir de los montes del Álamo. Cuando sepamos que has raptado a la blanca, recibirás aquí mismo cinco dolares diarios. Y junto a estas botellas encontrarás cincuenta dolares. Recuerda solamente que si matas a la blanca, perderás cincuenta dolares, un caballo y un buen rifle. Cuanto más tiempo esté contigo, más dinero cobrarás. Pero escóndela de manera que nadie pueda hallarla.

—Hablas lo preciso para entenderte. Podéis iros. Necesito el caballo, el dinero y el rifle.

Cuando los tres jinetes se marcharon, Warin Squaker, agazapado tras una roca, dominó sus deseos de lanzar tres flechas. Pensaba que la mujer blanca podía proporcionarle un caballo y un rifle.

Envuelto en su manta, escaló la fachada posterior del "Drinker's House"

a las cuatro y media. Ahogó los gritos y la resistencia de Norah Blondel en el lecho, con las propias sábanas.

La tenía ya atada y amordazada, cuando la puerta saltó de sus goznes y Sam, el criado negro avanzó impetuosamente. El cheyene lanzó su hacha que abrió la frente del negro, pero desdeñó los cortos cabellos crespos. No era un cuero cabelludo digno de su cinto.

Con el mismo mango del hacha ensangrentada, azotó implacable los ijares del matalón, que a trote cansado primero y después a galope dolorido, porque en sus bellos mordía el indio que sujetaba a la prisionera, atravesó las calles de Savannah, para internarse en el bosque.

El escondrijo que halló Squaker para la raptada, era un hoyo, cubierto por ramaje, y bordeado de rocas.

Norah Blondel sin mordaza, contempló las ligaduras que la mantenían sujeta de tobillos y sobacos, contra un poste hincado en el suelo.

—Por más que hagas e intentes no podrás liberarte, Sally. Hay miedo, mucho miedo en tus pupilas.

—¿Qué daño te hice yo, Squaker?

—Me agracia ver que me reconoces. Me despreciabas cuando entraba en tu tienda. ¿Por qué?

—Dime quién te mandó...

—Nadie manda en mí. Eres mi prisionera. Tus manos están libres, para que puedas comer la fruta y beber el agua que yo traiga. Los blancos me enseñaron muchas cosas, pero esta forma de atar la aprendí en tierra cheyene. Decían que atormentaba mucho al prisionero, porque le parecía que teniendo las manos libres podía liberarse. Inténtalo, Sally, y no lo lograrás.

—Si pretendes un rescate, pide dinero. Cuanto quieras.

—Ya me lo pagarás cuando me hayan dado los tres blancos el caballo y el rifle. Después vendrás conmigo, como salvaguardia. Los blancos no dispararán contra el que huye acompañado de mujer blanca. Y por el camino, podrás decir que eres mi voluntaria esposa, o la maestra de un poblado de reserva. Ahora sigue durmiendo, Sally.

—Serás ahorcado por haberte atrevido a raptar a una blanca, Squaker.

—La promesa de horca estaba ya cernida sobre mi cabeza. No eres tú quien puede aminorar o aumentar mi sentencia. La horca sólo mata una vez, sean dos o veinte los crímenes de que acusen al sentenciado.

—Tú sabes que yo di protección a la "Squaw" de un cheyene. Yo no desprecio a los cheyenes.

—La abeja presa destila miel, Sally. Duerme... Yo voy a beber este líquido que los blancos vendéis, y que acalora las sienes, y da ideas de crimen.

Media hora después, los alaridos que Squaker daba bailando alrededor de las rocas que bordeaban el hoyo donde estaba presa Norah Blondel sumiendo a ésta en un estado de nerviosismo agudo, rozando la histeria.

El acompasado rumor de los mocasines galeando el suelo, el blandir del hacha que refulgía al incipiente sol, y los visajes amenazadores del cheyene,

que en su borrachera, asomaba de vez en cuando el rostro, terminaron de empavorecer a la asustada prisionera.

Se aquietó cuándo el cheyene cayó como un tronco abatido por el cansancio y los dos frascos de *whisky*. Oyó el ronquido del ebrio, y entonces el cansancio la venció a ella. Pudo dormir, para a la mañana siguiente revivir el mismo instante de pesadilla, temiendo siempre que de un instante a otro, el cheyene la supliciera.

CAPÍTULO II

DOS ANTIGUOS CONOCIDOS

Jeremy Dupont Bloke dormía confortablemente. Si bien en un taburete cercano a su cabecera estaba su cinto pistolera al alcance de su mano, los almohadones eran mullidos y en ellos hundíase la cabeza del mestizo.

Se despertó una fracción de minuto tarde. Su mano derecha recibió un manotazo despreciativo, y en el taburete sentóse Rock Gambler.

—Hola, Jeremy. Séquese los ojos con la sábana. Debe usted tener la conciencia tranquila. Duerme como un honesto jefe rural, que ha enviado a la horca a mucho maleante.

—Buenas noches. Permítame manifestarle mi honda sorpresa, "monsieur". La última vez que tuve el honor de verle, iba usted metido en un ataúd, y uno de mis hombros le transportaba, "monsieur".

—Déjeme de "monsieurs". No tengo el ánimo propicio a jeremiadas. Usted sabía perfectamente desde hace tres días que yo no era cadáver, y por si le quedaran dudas aquí estoy.

—Me honra su visita, pero permítame afirmarle que su burla es algo irreverente.

—La noche es joven, Jeremy. Tenemos tiempo de charlar.

—Su supuesta muerte me defraudó. Era impropia de usted. ¿Tengo su permiso para adecentarme y vestirme?

—Tal como está me encanta. El camisón le sienta perfectamente. Le falta el gorro de lana para personificar al mercader comodón. ¿Sabe a qué debe usted el grandísimo honor de mi visita?

—Quizás por la afinidad secreta que me une a usted.

—¿Cuál es esta afinidad?

—Mi natural propensión es la granjería artística, pero "¡helas!", las circunstancias me hicieron ser el jefe rural de Savannah.

—¿Recuerda lo que le advertí la última vez que le hablé?

—No puerto echarlo en olvido. Dijo que si a usted le sucedía cualquier daño por mi culpa, revelaría a uno de sus agentes mi verdadera mentalidad, con pruebas de que alguna que otra vez he perjudicado los destinos sudistas.

—Lo cual significaría pluma, brea y bailar del cáñamo. Así lo resolveríamos si obráramos a la manera civilizada. Pero hay de por medio un indio bravo, y así vengo yo. No pongo cara de estupor inocente. Me temo que la historia de Savannah registrará el primer caso de un jefe rural sin cabellera, y un "scalp" a navaja barbera realizado por un blanco.

—Siempre le reputé originalísimo, Gambler, pero quizá ahora excede sus disposiciones para crear situaciones raras.

—¿Quién ideó la trampa para ver si yo picaba como un enamorado transido de dolor?

—Sigo sin entenderle, Gambler.

—Usted fué a visitar mi tumba.

—Fui... y hallé el maniquí. No lo lamenté demasiado. Si Nerón hubiese muerto de un empacho me habría disgustado el leerlo.

—Le acompañaban Jim Cordy y los gemelos.

—Ellos fueron los que tuvieron barruntos de que usted, seguía muy vivo, y vinieron a comunicármelo. Mi obligación era atender las quejas de ciudadanos.

—Jim Cordy y los gemelos son dos pistoleros.

—Nunca manejaron sus armas delante mío.

—Squaker de por sí no hubiera raptado a Norah Blondel.

—Como siempre, sus fuentes de información son rápidas. Le felicito.

—No me rice el bigote, Jeremy. No le creo tan imbécil como para confundir mi aparente calma con credulidad.

—Le conozco lo suficiente para tener la seguridad de que si usted supiera a ciencia cierta que ando yo metido en este deplorable asunto, mi navaja barbera entraría en funciones contra mi inocente cráneo.

—Su cráneo oculta un cerebro criminal. Sólo usted pudo sugerir a Jim Cordy la idea de que Squaker, por algunas botellas de *whisky*, raptase a Norah Blondel.

—Yo no sugerí. Yo sabía que usted estaba enamorado de Norah Blondel, y creía ser de los pocos que lo sabían. Pero, por lo visto, Squaker no lo ignoraba tampoco.

—Squaker nunca tuvo nada que ver conmigo ni con Norah.

—Entonces, supongamos que Jim Cordy y los gemelos Se agenciaron la ayuda del cheyene. Cabe en lo posible. Sí, cuanto más lo estudio, más me afirmo en la idea de que es muy posible.

—No he matado nunca a un rural, Dupont.

—Eso confirma mi seguridad en su inteligencia.

—¿Usted interrogará a Cordy y los gemelos si se los traigo?

—Indudablemente, indudablemente.

—Tiene mi promesa de que les interrogaré. Tengo la idea de que si Jim Cordy se ve en peligro no vacilará en aclarar si tuvo o no usted participación en este plan infame.

—Yo no osaría entrar en complicidad con pistoleros y con un indio renegado, al cual tengo que coger.

—Quizá yo le evite también este trabajo. Procure usted esconderse si algo le ha sucedido a Norah Blondel.

—¿Por qué he de esconderme? Seré el primero en lamentarlo.

—Tengo la sospecha de que usted anda debajo de todo esto, pero primero me interesaba visitarle. Tengo mis dudas. Me las aclarará Squaker, y usted puede informarme.

—Enteramente a su servicia, Gambler, y disculpe si le recibo en vestimenta inadecuada.

—Es un gracioso, ¿no? Ojalá riamos siempre.

—Es mi sincero voto. ¿En qué puedo informarle?

—¿Cómo puedo yo darme de manos a boca con Squaker? A usted, como representante de la Ley, le interesará ayudar a un ciudadano, ¿no?

—Los montes del Álamo son inescrutables. En ellos hay multitud de rincones que nadie ha hollado. Existe una barrancada por la cual se entra, pero Squaker dispone de arco y flechas. Flechas sin veneno, pero que matan desde lejos quizá con tanta seguridad como un rifle.

—Jim Cordy y los gemelos han hablado con él, ¿no?

—Primera pregunta que les dirigiré a ellos. Residen en Beaufort...

—Sé dónde residen. Sé dónde puedo hallarlos. Pero está de por medio Norah Blondel. Necesito antes que nada hablar con Squaker.

—Si cree que mi compañía le puede ser útil... Pero le anticipo la seguridad de que las flechas de Squaker se alojarían primero en mí que en usted.

—Si tuviera la seguridad de que sólo morderían sus carnes, me conformaría. ¿No puede pues ayudarme?

—Los hombres a mis órdenes han dado batidas concienzudas por el monte del Álamo. Fueron inútiles. No obstante...

—Gracias por su gentileza. Desplegar rurales es querer atrapar moscas a tiros.

—Es curioso, pero tengo la impresión de que el estado anímico del enamorado es siempre perjudicial en casos como el presente. Porque usted siempre, claro en sus concepciones, está ahora levemente perplejo.

—La situación es peligrosa para todos nosotros, Jeremy. Yo no quiero dejarme cazar por el indio, tengo que impedir que a Sally le haya sucedido o le suceda algo irremediable, y más que al indio, tengo que enjuiciar a los que explotaron lo que usted llama mi enamoramiento.

—Debería empezar por Jim Cordy y los gemelos, si los cree autores morales del rapto.

—¿Por qué este consejo? ¿Para demostrar acaso que no teme a interrogarlos en mí presencia?

—Warin Squaker es un cheyene mixtificado. Estudió en escuelas de las reservas. Se pacificó, hasta que cometió actos de civilizado en su tribu.

—¿Qué actos?

—Olvidó el respeto debido a la esposa de los demás. Huyó y se hizo popular como asesino. No le teme a Dios ni al diablo... Bien, salvo una excepción. En su historia hay un caso sentimental. Intervino un bandido caballeroso. Ha oído usted hablar de él. Fué por este motivo que nos conocimos. El caso es que "El Halcón" infundió en el alma, si es que la tiene, del cheyene un santo temor.

—Todo esto me tiene sin cuidado —dijo Gambler, cerrando los ojos.

El azar le favorecía dándole la solución.

—Pero es original. "El Halcón" se vió frente a frente con el cheyene Squaker. Le dijo que le perdonaba, porque de sus crímenes los responsables

eran los que le proporcionaban alcohol. Pero volvamos a lo nuestro. ¿Persiste en crearme mezclado en este asunto deplorable? Usted sabe que a mi modo yo apreciaba a Norah Blondel. Tengo por mí que nada le habrá ocurrido, si, como supone, son Cordy y los gemelos los que indujeron al cheyene a raptarla...

—Volveré, Dupont. No se molesta demasiado si me llevo sus herramientas. Se las dejaré en el jardín. Y sea amable, no se quede a mis espaldas. Tengo manías.

—De buen grado le precederé. Estoy advertido y no incurriré en la torpeza de intentar detenerle. No tengo motivo suficiente, y usted es un amigo conocido, que conoce demasiadas cosas mías. Acepto resignado la posibilidad de resfriarme.

En el jardín, Rock Gambler obligó a volverse al jefe rural.

—Vuélvase a paso lento a su dormitorio. Cierre mejor sus ventanas. Hasta pronto, y según sea lo que usted sabe de todo esto. Las fatigas que yo paso ahora, alguien las va a pagar muy caro. Deseo que no sea usted. En el fondo, también yo tengo debilidad por los granujas capaces de sentimientos artísticos.

Jeremy Dupont anduvo lentamente, sin volverse. No giró la cabeza, porque lo consideraba inútil y peligroso.

CAPÍTULO III

"EL HALCÓN"...

Obscurecía cuando un jinete entró por la enramada del bosque, muy alejado de la barrancada del monte del Álamo.

Rock Gambler colocóse un pañuelo alrededor de sus cabellos para encubrir la negrura muy distinta a los rubios cabellos de Michael Ryan, el verdadero "Halcón".

Del forro de su sombrero extrajo la máscara de cruel aspecto, de pico corvo y aletas dentadas.

El macferlán vuelto al revés presentó su interior negro. Avanzó al paso, conduciendo a "Brujo" con maestría por entre los matorrales.

Cuando llegaba a la entrada del barranco detuvo al potro, descendió y reunió ramitas y hojarasca, prendiéndoles fuego.

Obligó a tenderse a "Brujo", y apoyándose en él, sentóse junto a la pequeña hoguera.

Su figura, vista desde lo alto de las rocas, tenía algo de espectral. No se movió cuando, deslizándose unos mocasines, vinieron a entrar en el círculo de fuego formado por la hoguera.

—Puedes apagarla, Warin Squaker.

La voz de Rock Gambler tenía ahora un cantarino acento sudista, y al igual que había imitado la fácil escritura de "El Halcón" para llevar el consuelo al enfermo corazón de una madre, supo ahora dar a su garganta las inflexiones requeridas.

Los mocasines pisotearon las ramas hasta reducirlas a ceniza. El resplandor era aún suficiente para que ambos hombres pudieran verse.

Warin Squaker tenía el rostro pitorrajado.

—¿Estás en guerra con tu espíritu, Warin Squaker?

El cheyene dejóse caer sentado sobre sus tacones.

—Tu visita me asusta, "Halcón".

—No debes tenerme miedo. Ya en una ocasión te perdoné, Warin Squaker. No puedo hacerte responsable de las acciones que te inspira el mal espíritu de los blancos perversos.

—Tú eres sabio, "Halcón".

—La ley de la vida me enseñó. ¿Esperas a alguien, Squaker?

—Tres hombres vienen a destilar oro y *whisky* en mis venas. No los conozco.

—Yo te diré sus nombres. Son Jim Cordy y los Trimball, dos gemelos, dos hermanos del mismo aspecto.

—Así son.

—Muchos de tus crímenes el *Gran Manitou* los olvidará, porque son contra blancos culpables de la degeneración de tu noble raza. Estos tres blancos necesitan estar atados a un poste de tortura.

—Sí.

—¿Qué te prometieron?

—Dolares, un caballo y un rifle para huir.

—Mi látigo y tu lazo pueden inmovilizarlos. ¿Han de tardar?

—A estas horas vienen a cerciorarse de si he dado o no muerte a la blanca presa.

—¿Le has dado muerte?

—Aun no. Me deleita verla sufrir, verla gritar asustada. Es una blanca perversa.

—¿Por qué?

—Enloquecía a los hombres. Le hablé de amores y rió, rió con tanta burla y desprecio, que quiero muera mil veces antes de morir.

—Venganza tengo yo primero contra ella, Squaker. Si yo te entrego los tres hombres para torturarlos y te doy caballo y rifle, y te acompaño para que huyas, tú has de entregarme a la blanca.

—La palabra de "El Halcón" es ley en el Sur.

—¿Oyen tus tímpanos pasos de hombres acercándose?

—No. Ellos vienen por la cañada del sur. Y yo oigo los pasos de sus monturas.

—Brillan aún las cenizas. Pisotéalas, cheyene.

Obedeció Squaker, levantándose.

—¿Crees que tres cabelleras valen por una, Squaker?

—Las tres de los blancos me valen por la de ella. Pacto contigo, "Halcón" porque tú, siendo blanco, supiste comprender la maldad del indio acosado.

—¿Te gustará ver en mi mano una cabellera?

—Será como una fusión de sangres, "Halcón". Tus manos tendrán similitud con las de un "cheyene".

—A eso he venido. A demostrarte que hay instantes en que un hombre civilizado se arrepiente y sabe ser un buen cheyene. ¡"Brujo"!

El potro se levantó, quedando Gambler sentado en la silla.

—Tú me dirás, Squaker, desde donde dos cheyenes pueden atisbar y tener al alcance a los tres blancos.

—Aquella roca. Yo te conduzco. Permíteme coger la rienda. Estampa hermosa la de tu caballo, "Halcón".

—Uno igual te daré.

—La palabra de "El Halcón" es ley en el Sur.

Quedaron ocultos tras una roca.

—Aquí colocan ellos la ofrenda. Sus dos botellas y los dolares. Vienen los tres, porque me temen.

—Mi látigo cazará al más viejo, el que siempre habla, porque es capataz. Tus lazos pueden coger a uno de los gemelos.

—Mi habilidad puede enlazar a los dos. Fui y soy el mejor tirador de cuerda de mi tribu.

—¿No te explicaron por qué querían conservar presa a la blanca?

—Supongo que piden un rescate. Pero yo había pensado obtener rescate de ella agotando primero los obsequios de ellos tres.

—En mí hallaras la mejor de las recompensas.

Agachóse el cheyene haciendo un doble nudo a dos cuerdas.

—Oigo pasos.

—Yo no. Mi oído no es suficiente, cheyene.

Guardaron silencio ambos. En la semiclaridad de la barrancada dibujóse la silueta de tres jinetes. Sin desmontar avanzaron.

Uno de ellos gritó:

—La ofrenda, Warin Squaker...

La voz de Jim Cordy quedó truncada por el latigazo que silbó al unísono con dos cuerdas.

Los tres caballos, al quedar sin jinete, emprendieron veloz huida. Derribados en el suelo, Jim Cordy y los dos gemelos viéronse convertidos en un amasijo de pequeñas correas, por el indio, que iba arrancándolas de su cazadora de piel.

Jim Cordy, tras desfogarse maldiciendo, optó por la persuasión:

—El licor ha oscurecido tu cerebro, Squaker. Si nos haces el menor daño, perderás dinero, caballo y rifle.

La silueta de "El Halcón" apareciendo mientras iba enrollando con giros de muñeca el largo látigo, aumentó el mudo pavor de los gemelos, mientras Jim Cordy aullaba:

—¡"El Halcón"!

—Hinca tres postes en sitio seguro, Squaker. Yo custodiaré a estos hombres.

Warin Squaker partió corriendo, sin ruido. Rock Gambler inclinóse para comprobar la solidez de las ataduras hechas por el cheyene.

—¡"El Halcón" aliado a un indio renegado!

—Calla, Cordy. Nada te pasará a ti y a tus secuaces. Sois meros instrumentos, palabra de "Halcón". Dime por cuenta de quién comprasteis a Squaker para raptar a Norah Blondel?

—Fué... Theodor Clayton... ¡Desátanos, "Halcón"!... Si quieres castigarnos, danos muerte digna, pistola en mano..., como hicistes con otros a los que... quisiste ajusticiar...

—Eran blancos civilizados y no pactaban con indios salvajes, ni exponían a una mujer para vengarse de un hombre. Quizá os daré muerte digna si, como presumo, es cierto que Jeremy Dupont Bloke os dió esta idea. Pero moriréis en el poste de tortura si mentís.

—La idea partió de Theodor Clayton, el hacendado de Beaufort. Se lo dijimos a Jeremy Dupont Bloke y no aceptó..., pero cerró los ojos a nuestros pasos. Podía habernos seguido y habría cazado al cheyene. Solo recomendó que si Norah Blondel sufría daño alguno, nos entenderíamos con él.



—¿Qué te prometieron?

—Bien. Has hablado sinceramente. Es muy propio de Dupont lo que acabas de relatar. Ahora guardad silencio, hasta el regreso de Squaker.

—Pero, ¿vas a permitir que el indio...? Tú eres un caballero, "Halcón". Tú no puedes permitir que un indio nos torture. Está loco... Tiene mucho *whisky* en el cerebro.

—¿Quién le dio el licor? ¿Pensasteis acaso en la suerte que podía correr Norah Blondel?

—¡Por favor! —gritó uno de los Trimball—. ¡No dejes que el cheyene nos ate a sus postes! ¡Arrancará nuestras cabelleras!

—De nada os servirán.

Alejóse Rock Gambler, y, brazos cruzados, encontró cierto deleite en los gritos e imprecaciones de los tres pistoleros, cuando éstos eran arrastradas por turno hacia el lugar donde en el suelo ardía una pequeña hoguera.

Era una honda cueva, y Squaker había hincado tres postes en el arcilloso suelo.

Cuando entró Rock Gambler, vio en un rincón uno de los frascos que había traído Cordy ya vaciado. Brillaban en el salvaje rostro del indio los ojos, por entre los chafarinones de la pintura blanca y negra, que daba a su

semblante cierto aspecto de calavera.

—Díctales sentencia, "Halcón." —dijo ansiosamente el "cheyene".

—Muerte lenta por la que quisisteis dar a una mujer y al hombre que la quería. Vuestras cabelleras ornaran el cinto de Squaker. Vosotros, con el licor quemante, aumentasteis su fiera. Vosotros no tuvisteis valor de dar cara a vuestro enemigo o atraerle a trampa de hombres. Empleasteis por señuelo a una mujer. Por la cabellera de Norah Blondel, vuestras tres pieles.

—¡¡Tú mismo dijiste que éramos instrumentos!!

—Recibirán su castigo los otros. ¡Cumple tu cometido, Warin Squaker!

Una cacofonía de gritos empezó cuando los tres hombres, sentados contra el poste, inmóviles de busto, agitaron la cabeza, ladeándola, para no ver la salvaje danza que inició Squaker blandiendo la corta hacha.

Rock Gambler no miraba al lugar donde los tres pistoleros estaban amarrados. Los gritos de agonía de los torturados pusieron fin al salvaje espectáculo.

Blandió en el aire tres cabelleras sangrientas el cheyene. Rezumaban sangre Sus manos...

—¡Sentencia! —gritó.

—Cálmate, cheyene. Tendrás que huir. Necesitas ver la cabellera que te he prometido y montar el caballo negro prometido. La palabra de "El Halcón" es ley en el Sur.

—Es ley en el Sur —dijo Squaker, hablando como un hombre ebrio.

—El caballo negro es de la muerte y la cabellera es la tuya.

Tardó unos instantes el "cheyene" en entender. Cuando se agachó velozmente, el látigo de "El Halcón" rodeaba ya su mano armada.

—Esto era un aviso, cheyene, para que cese la sangre de bullir en tu pecho. El hacha en tus manos podría ser un peligro.

El hacha había caído encima de la hoguera. La doble vuelta del látigo rodeaba el brazo y el busto de Squaker.

—Acompáñame al lugar donde está la blanca. Si te asusté y por un instante hubo en tus ojos la luz de la alimaña que teme ser pisoteada, fué tan sólo como un aviso, has bebido alcohol y pueden engendrarse ideas malvadas en tu cerebro.

—Te conduzco, "Halcón". Tu venganza está en camino. Cuando veas a la mujer blanca, ¿me darás libertad?

—Entera libertad.

Preso por el látigo, avanzó Squaker saliendo de la cueva. Instantes después, por entre tupida enramada, se detuvo junto a una fosa abierta entre rocas, apartando con los pies la hojarasca y las ramas.

Agotada nerviosamente, dormía atada Norah Blondel, estremeciéndose inconscientemente.

—Gritaba mucho —susurró el cheyene—. A cada momento esperaba una muerte de sabias torturas...

—El caballo negro va a ser tuyo, cheyene. y has ganado el reposo eterno.

La diestra de Gambler rodeó la boca del indio, al que atrajo hacia atrás, apartándolo de la fosa abierta entre las rocas.

Torció hacia atrás hasta que todo movimiento cesó en el cheyene. Y reunió en un haz los cabellos negros y untuosos del indio.

Tiró con fuerza, y en su mano quedó la cabellera quebrada, en manojo lacio.

—La palabra de "El Halcón es ley en el Sur.

Cogió el cuerpo del cheyene, y lo depositó junto a la fosa donde dormitaba Norah Blondel. Retrocedió para dar vuelta a su macferlán, que reapareció de color gris.

Quitóse la máscara, que introdujo en el forro del sombrero, y aplicando los pies en los hoyos abiertos en la piedra, fué descendiendo.

Silbo tenuemente la canción favorita de Norah Blondel. La canción de la enamorada negra que gime nostalgias de su tierra donde el león era su amigo...

Fué aumentando la sonoridad de su melodía silbada. Y como en otra ocasión, despertóse Norah, pero continuando con los ojos cerrados. Sólo su respiración denotaba que estaba despierta, anhelante y temerosa.

—Una canción muy oportuna. La negra gime asustada y el león ruge amoroso. Está cómodo este lugar... Dormir sentado, es una ciencia que deberíamos aprender. Había un indio feroz que me jugó una mala pasada, porque se permitió convertir en una niña perdida en el bosque a una mujer que era muy de mi agrado. Yo paseando por ahí, casualmente, me di de manos a boca con el indio bravo, y le dije: "Hombre, Warin Squaker, no me hagas el indio bravo, a mí, que soy buen chico. Ven acá, querido, y déjame tirarte de las orejas. ¿No te da vergüenza asustar a una tímida doncella y convertirla en un manojo de nervios.?"

Norah Blondel continuó con los ojos cerrados, mientras sus hombros eran sacudidos a intervalos por largos temblores.

—Y el indio bravo quedó convencido, mudo, y para siempre silencioso. Entonces el león rugiente convirtiéndose en balador cordero, que descendió como un colegial que acude a su primera cita, a un hoyo donde estaba la elegida. Esta mujer a la cual le dedicamos todas estas poesías que no nos atrevemos a decir en voz alta Y el colegial talludito empezó a intentar convencer a su elegida de que la ternura es el principal don de la existencia. Le dijo que ninguna mujer sabía inspirársela. Que sólo los perros se la habían inspirado, hasta que la vió a ella. Pero también añadió que era algo complicado el encontrarse de pronto con que su elegida se dedicaba a aceptar la hospitalidad de indios cheyenes. Y cuando le pareció que ella ya estaba segura de que no era una pesadilla, de que realmente todo peligro había pasado, y que su león era un verdadero héroe de romance, entonces acercóse un poco más y solicitó ver la luz azul de sus pupilas, y poder rozar con sus labios la mejilla de la elegida.

Un brusco sollozo escapó de la garganta de Norah Blondel, que abriendo

los ojos, exclamó:

—¡Desátame!

Besando su mejilla, murmuró Rock Gambler:

—¡Qué prosaica eres, Blondie! No piensas más que en detalles vulgares sin importancia. ¿Te pido yo que me desates? De mi corazón al tuyo parte un cable de hierro forjado...

—¡Desátame, Rock!

—La noche es joven, Blondie. Es nuestra. Hace treinta y dos días que no te veo, y tu recibimiento es levemente nervioso. No te repitas. Cierra la boquita, Blondie.

Púsose en pie. y con un cuchillo fué cortando las expertas ligaduras muestra del arte especial del difunto cheyene.

En pie, Norah Blondel intentó levantar, los brazos que le hormigueaban. La sonrisa de Rock Gambler se le antojó a ella una caricia.

—Abrázame, Rock. No, te apartes nunca de mí, he sufrido angustias de muerte continua... por mí, y porque me temía que vinieras y te atormentaran...

—Esta falta de confianza me ofende. Sólo tú tienes derecho a atormentarme. Cógete a mi cuello, si tus brazos se resisten. Subamos a la luz que no brilla de una luna oculta. Mi caballo espera, y lejos de aquí hallarás sosiego para tus nervios algo alborotados. En parte, lo celebro, porque tus ojos se han agrandado, y hay pavor en tus labios. Ya no eres la orgullosa y segura Blondie...

Iban subiendo, ella enlazada al cuello del que hablaba. Musitó Norah:

—Tu voz me parece la de un ángel y tus palabras melodías inigualables.

—Es enfermedad que durará poco.

—¡Maldito sea! —gritó Norah viendo al tendido cheyene.

Intentó separarse de Rock Gambler, quien volvió o atraerla contra sí.

—No le busques la cabellera, dulzura.

—Eso... ¡eso quiero!

—No seas salvaje, cariño. ¿Vas a olvidar que eres una blanca que sabe leer y escribir?

—¡Quiero su cabellera!

—¡Yuuuuh! —gritó Gambler, blandiendo un manojo de cabellos negros y untuosos que se quitó del cinto.

Norah Blondel miró unos instantes cerró los ojos, y sus brazos pendieron inertes. Cuando el breve desmayo nervioso le pasó, hallóse sentada ante Rock Gambler, sobre la silla de "Brujo".

—Bestia —murmuró complacida—. Esta noche puedes permitirte ser mi salvaje. No quiero volver a Savannah. Saben que estás vivo... Volverían a cometer cualquier atropello conmigo... ya que saben que estabas dispuesto a todos los sacrificios por mí.

—Una vez no hace costumbre. ¿Tienes algún refugio seguro, mientras arreglo unos asuntos de dientes?

—Al sur de Savannah, en casa de mi amiga Virginia Mav.

—Tu amiga Virginia me gusta como mujer, pero no fío de ella. Tengo para ti un refugio mucho más seguro. En casa de un joven Capitán llamado Dan Carter que reside en Beaufort. No deberás salir para nada, nadie te verá, y te limitas a decirle al joven pecoso quien te manda, y lo sucedido, añadiendo que fueron Cordy y los dos gemelos los autores materiales inducidos por Theodor Clayton. Y que con Theodor Clayton arreglaré yo cuentas.

—¿No es Dan Carter el esposo de Rosalie Ryan?

—Es. Cogerás la carretela del establo de Elmer Lorry, y ya cuando estés camino de Beaufort, te dejaré.

—Debes acompañarme hasta allá.

—No. Esta misma noche me hace falta otra cabellera.

—¿De quién?

—De Jeremy Dupont Bloke.

—¡Sí!... Pero no... Es un jefe rural, pese a ser un canalla...

—Con la ley, acudiré a la ley.

CAPÍTULO IV

LA CUEVA TÉTRICA

Amanecía cuando Burton, el principal ayudante de Jeremy Dupont Bloke empleó la llave que le permitía abrir la puerta de la alcoba del jefe rural.

—¿Algo urgente? —preguntó malhumorado desde la cama el mestizo, incorporándose.

Había dormido después de la visita de Rock Gambler, con la ventana cerrada con sus compuertas. Y practicaba la máxima higiénica de que sueño sin oxígeno, no es sueño reparador.

Pero antes de que su ayudante replicara, una súbita esperanza invadió la mente de Dupont.

—¿Algo referente a "monsieur" Gambler?

—Sí, señor.

—Vino esta noche a visitarme y le advertí que sería peligroso rondar por estos parajes, de los que es dueño absoluto el cheyene. ¿Acaso esta vez una flecha ha dado muerte real a fingido cadáver?

—Rock Gambler solicita ser recibido...

—¡Qué imprudencia! —soliviantóse Dupont saltando del lecho. Mientras se vestía, añadió:

—Aclare, Burton.

—Acude declarando que están dispuestos a ser interrogados los tres pistoleros que en complicidad con Squaker, raptaron a Norah Blondel.

—¿Los trae consigo?

—No. Los dejó en una cueva en el monte Álamo.

—¿Y Squaker?

—También a guarda ser interrogado.

—Bien. Parece ser una faena completa y pro la ley. Pero no le aprenderé nada nuevo si le digo que no me fío un pelo de impudente *tahur*. Usted nos acompañará, Burton. A tres pasos tras nosotros, vigilando el menor movimiento de este sujeto. Recuerde que hasta afeitándose se hacen trampas.

—Lo tendré muy en cuenta, señor.

Salió Jeremy Dupont para saludar amablemente, aunque con recelo, al que esperaba en el despacho, en cuya pared destacábanse los emblemas distintivos del cuerpo de rurales.

—Buenos días. Según me dice el que aquí, testigo Burton, tiene usted gratas noticias.

—Gratísimas. Esto —y arrojó sobre la mesa algo flácido que se desenroscó.

—Una cabellera sin cuero de cráneo.

—Perteneció a Squaker.

—Labor justiciera. Le felicito. Debo suponer que no estará Squaker en estado de ser interrogado.

—No lo está.

—Cuando quiera nos encaminaremos al monte Álamo.

—A eso vine.

Cuando ambos montaron, y a tres pasos atrás hacía lo mismo Burton, inquirió Dupont:

—Antes que visitemos el lugar de la tragedia, ¿puedo indagar la suerte de "mademoiselle" Blondel?

—Un manojo de nervios alborotados. Tardará unos días en calmarse. Pero está fuera de todo peligro.

—Tengo un verdadero placer en oír esta agradable noticia. Y también verdadera prisa por someter a interrogatorio a los pistoleros. ¿Quiénes son?

—Jim Cordy y los Trimball.

—¡Ah, ah! ¿De qué les causa?

—De estar con jurados con Squaker para el rapto de Norah Blondel. ¿Es delito?

—Sí. ¿Pruebas?

—Como dijo usted, en el lugar de la tragedia las tendrá.

Picó espuelas el jefe rural. La vigilancia de Burton, siempre a espaldas suyas, le reconfortaba.

Galoparon en silencio, y a la entrada del barranco descabalaron. Cada uno ató a su caballo.

Inició la marcha Rock Gambler, y juzgó Dupont algo nuevo, que añadir del descaro del aventurero, el modo como abandonando su sempiterna alerta, presentaba Gambler sus anchas espaldas.

A medida que el terreno hacía más quebradizo y accidentado, Jeremy Dupont andaba con más recelo, vigilando el menor movimiento del que oficiaba de guía.

Pero los pasos de Burton tras él hacíanle pensar que por nada del mundo hubiera emprendido aquella excursión a solas con Gambler.

—¿No hay temor de extravío? —preguntó.

—¿De noche, quizás? Pero de día todo es claro, diáfano y convincente.

—Sentimiento ancestral que nos depara la obscuridad. Espero que también su viaje nos conducirá, a un final claro, diáfano y convincente.

—Tendrá la fuerza del sol que nos alumbra.

Anduvieron hasta que el cuerpo de Warin Squaker apareció tendido al borde de una fosa entre rocas.

—Primera prueba —anunció Gambler.

—¿De qué?

—De que Squaker está muerto.

—Tiene gracia —comentó Dupont riendo sin ganas—. ¿Y los tres pistoleros esperando a ser interrogados?

—Sea paciente, Dupont. Imite la lenta tortura nerviosa con la que Squaker atemorizó a Norah. Burton está comprobando que tal como le anuncié. Squaker tiene el cuello roto. Ahora podemos ir a la cueva tétrica.

—¿Por qué la llama así?

—En ella. Squaker me dió un espectáculo divertido. Bailaba como un energúmeno.

—¿La danza del "scalp"?

—Sí. Y lo hacía con mucha propiedad.

—Era un indio enloquecido por el acoso.

—Cierto. Poco le faltó para enloquecer a los tres pistoleros y a Norah. Aquella es la entrada a la cueva. Pero antes de entrar tengo que advertirle que yo interrogué a Jim Cordy.

—¿Sí? —y la voz de Dupont se hizo acerada—. ¿Puso en claro la razón por la que cometió el desmán de conjurarse con un indio forajido?

—Suponía que yo acudiría.

—En efecto. Su suposición era cierta. ¿Lo confesó de buen grado? —pregunto Dupont.

—¿Se llama así la piel de cerdo de sus guantes? No empleé violencias personales. Le interrogué hábilmente, excluyendo roturas de físico. Le prometí librarle de Squaker si confesaba quién le sugirió esta diabólica idea de raptar a Norah para atraerme a mí.

—¿Ha dicho de quién partió la sugerencia?

—¿No era usted?

—Tenga presente, Gambler, que mi ayudante es testigo y no está habituado a sus intemperancias de lenguaje.

—Es testigo de cuanto yo digo. Repito, pues, que contra mi creencia resultó que la idea no partió de usted, por Jim Cordy en estos momentos en que todos somos sinceros porque sentimos la muerte cerca, admitió que usted oyó lo que ellos pensaban hacer y les aconsejó retirarse... y verse a toda prisa con Squaker. En su descargo, consta que usted expresó el hipócrita deseo de que nada le sucediera a Norah, recomendando que el indio se pusiera incondicionalmente a las órdenes de su prisionera y aventase los mosquitos que pretendieran importunarla.

—Son graves estas imputaciones para repetir las Gambler. Mi ayudante es testigo. Puede Jim Cordy calumniarme, pero no puede usted repetir sus calumnias.

—Me hago cargo. Pero es extraño que usted vacile en interrogarle. ¿No está Burton, testigo?

—Esos canallas son capaces de dar acentos de verismo a las más innobles calumnias. En fin, ya que usted no prestará crédito a un pistolero delincuente...

—¿Qué pruebas tiene usted de que Jim Cordy es un pistolero delincuente?...

—Usted lo afirma y me basta.

—Parece como si algo le intrigase, Dupont.

—Sí, su actitud. Hay un secreto triunfo en su voz, en su mirada, en sus palabras. A fe mía que casi se diría que es usted mi acusado.

—No demore más su obligación de interrogar a Jim Cordy. Podría suscitarme sospechas.

Avanzó Dupont con paso rígido. En la entrada de la caverna pestañeó, hasta que la tea resinosa encendida, por Burton iluminó la negrura.

Distendió Dupont los labios... La repentina visión de los tres hombres sentados, atados a sendos postes y con el cráneo limpio de piel, era macabra.

Los tres cadáveres reclinaban la barbilla sobre el pecho.

—Obra de Squaker. El "scalp" es su firma.

—¿Por qué no lo impidió?

—Llegué tarde y a desgana.

—Tome nota, Burton. El caballero al hablar como antes habló, vertió un chorro de maledicencia sobre mí.

—Tome nota, Burton —repitió en eco Gambler—. Esto va a ponerse interesante. Saldamos de esta cueva. Huele a muerto.

—Sus modales autoritarios empiezan a parecerme rayanos en la insolencia.

—Rayanos es un eufemismo, Dupont. Es insolencia pura, diáfana y clara, como este sol.

—Su comportamiento es estúpido, Gambler. No olvide que soy el jefe rural de Savanah.

—Hasta hoy y para escarnio de sus habitantes.

—Si persiste en esta actitud, me veré forado a ordenar a Burton quo lo detenga. Está, a sus espaldas, arma en mano.

—Hace bien. Que siga con ella en la mano.

—No vacile en disparar... —ordenó Dupont—. Atento, Burton. Escuche, Gambler. Me ha traído aquí con el supuesto fin de someter a interrogatorio a cuatro hombres. Me ha mostrado sus cadáveres. Es una primera burla a mi autoridad. Se la perdono.

—Gracias. Su generosidad me abruma.

—Se la perdono en atención a la noche agitada, que ha pasado. Luego, ha incurrido en reticencias y acusaciones injuriosas, infundadas y sin pruebas. Estoy dispuesto a olvidarlo.

—Yo no —y, sin volverse añadió Gambler—: Siga a mis espaldas arma en mano, Burton. Me anima su defensa del buen cumplimiento de la ley. Usted, Dupont, sabía lo que iba a suceder. Tuvo la maldad de ir a visitar a Norah la misma noche en que iba a ser raptada y lanzó una exquisita insinuación a propósito de un lapso de tiempo sin volverla a ver. No sugirió, pero acogió con gran regocijo el plan de los tres pistoleros...

—¡Detenga a este hombre, acusado de calumniar a un jefe rural!

—No me detenga aún, Burton. Estoy empezando.

—¡Obedezca, Burton! —gritó Dupont, clavados sus ojos en las manos, que Gambler mantenía cruzadas ante el estómago.

—No le obedecerá... porque usted ya no es jefe rural. Usted se lo ha buscado, Dupont. Yo se lo previne. Le notifiqué que poseía un copioso

archivo de todas sus inmoralidades. Me crispaba el bigote saber que usted manchaba con sus actos el limpio escudo de los rurales. Esta mañana antes de que Burton entrase a advertirle mi visita, estuve dos horas con él. Ha leído una por una las pruebas de los distintos sobornos por usted recibidos. La prueba de los informes por usted vendidos a los yanquis.

A medida que Gambler hablaba, iba Dupont mirando alternativamente el rostro implacable de Burton y la sonrisa fría y sarcástica de Gambler.

—Burton adquiere poderes para encerrarle en la cárcel. Pero... teme que indignados, los muchos habitantes de Savannah que te odian, asalten la cárcel, le emplumen, y le ahorquen. Teme que no podrá oponerse. Es usted un individuo particular, Dupont, y la pistola de Burton vigila. Burton teme que sin la menor duda, disparará contra usted si piensa revolverse. Burton le desprecia, Dupont, porque es honrado y prefiere un granuja declarado a un supuesto hombre honrado. Y en su caso, agravado, por haber manchado el escudo de los rurales. ¿De acuerdo, Burton?

—En todo, *mister* Gambler. Lo oíste. Dupont. Quítate los botones dorados.

Jeremy Dupont Bloke hizo una leve reverencia.

—He perdido. Creí que Squaker, Cordy o los Trimball terminarían contigo, Gambler. He jugado la carta falsa. Tú eres un jugador, Gambler. Me odia por el riesgo en que dejé peligrar la vida de Norah Blondel. ¿Consentirás en que otros te quiten el placer de la venganza? Eres hombre que confías en ti. ¿Me concedes el derecho de duelo? Que sea tu venganza y mi último gesto. Soy ya un individuo particular. Leo desprecio en la mirada leal de Burton. Él será nuestro testigo. ¿No, Burton?

—Con gran placer —replicó duramente Burton.

—Cuando la razón, me asiste, confío en el azar, Dupont. Elige.

Y Rock Gambler extrajo de una de las dos muñequeras un dolar de oro.

—Un disparo al ganador. ¿Espigas o la efigie?

Hizo rodar entre sus dedos la moneda. Tendió Dupont la mano.

—Mi última desconfianza, Gambler. Yo tiro la moneda.

—Entonces yo elijo. ¡Lanza! ¡Espigas!

La moneda levantóse en el aire. Burton miró hacia ella, y Gambler levantó también hacia arriba la mirada.

Pero su pie elevóse en rápido puntapié hacia la diestra de Dupont que estaba ya rodeando la culata.

Repitió el puntapié al estómago...

—Un cochino tramposo que no merece trato de hombre —comentó Gambler a la vez que sus dos puños abatíanse contra el cogote del mestizo inclinado.

—Cierto, *mister* Gambler —aprobó calurosamente Burton—. Quería aprovecharse de su lealtad.

inclinóse y recogió la moneda que en el suelo mostraba el haz de espigas.

—Usted tiene derecho a matar a este hombre, *mister* Gambler. Salieron

las espigas. Usted se juega la vida a cara o cruz.

—Pero siempre gano. Tengo buena estrella, Burton.

—¿Qué hago con él?

—Espóselo y métalo en la cárcel, que el pueblo de Savannah haga justicia.

Y tal como me prometió, no se mencione para nada mi nombre. Squaker, Cordy y los Trimbball y ese becerro para usted, Burton.

—Gracias, señor.

Y mientras Burton esposaba al inerte Dupont, colocóse Gambler en la funda de la muñequera la moneda que por sus dos caras estaba troquelada con el haz de espigas.

Poco después, llevando las riendas del caballo en que estaba esposado Dupont al arzón y juntos los tobillos, bajo el vientre del animal, Burton preguntó:

—¿Me acompaña *Mr.* Gambler?

—No. Parto hacia otro punto. Hasta la vista, Burton, o adiós.

—Qué siembre le favorezca su buena estrella, *mister* Gambler.

"Brujo" galopaba briosa y alegremente hacia Beaufort.

Rock Gambler deseaba hallarse frente a Theodor Clayton, el rico hacendado instigador del rapto.

También le complacía la idea de volver a ver al Capitán Dan Carter.

Pero temía y anhelaba a la vez el verse de nuevo frente a Helen Ryan, la joven madre de Michael Ryan, el difunto "Halcón".

PRÓXIMO EPISODIO:

La Venus de Ébano

Es propiedad del editorReservados todos los derechos

Impreso en los Talleres Gráficos de **EDITORIAL BRUGUERA** – Proyecto, 2 – Telf 82981 - Barcelona

El PIRATA NEGRO



GIGANTESCA FIGURA DE LA PIRATERÍA DEL SIGLO XVIII

Su temeridad sin límites, su vitalidad desbordante, su temple incomparable, le permiten llevar a cabo las más colosales empresas.

El triunfo siempre sonríe a **EL PIRATA NEGRO**

No es una novela más de Piratas y Corsarios sino la mejor de su género, porque en cada página palpita un interés creciente y una emoción nueva, y cada aventura tiene un desenlace sorprendente e inesperado.

MÁS DE 50 EPISODIOS PUBLICADOS ATESTIGUAN EL ÉXITO DE ESTA COLECCIÓN

- | | | |
|-------------------------------|---------------------------------|---------------------------|
| 1. La espada justiciera. | 18. Montbar, el exterminador. | 35. Angus el tenebroso. |
| 2. La bella corsaria. | 19. La tumba de los caballeros. | 36. La furia española. |
| 3. Sucedió en Jamaica. | 20. Frente a frente. | 37. Dos españoles en I. |
| 4. Bruzo de hierro. | 21. Esclavitud y rescate. | 38. Intriga macabra. |
| 5. La carabela de la muerte. | 22. Deuda saldada. | 39. La mujer vampiro. |
| 6. El Leopardo. | 23. El holandés fantasma. | 40. El castillo de Civry. |
| 7. Cien vidas por una. | 24. "Mezomorto". | 41. Los cuervos. |
| 8. La balía de los tiburones. | 25. Mares africanos. | 42. Odisea en Italia. |
| 9. El corso maldito. | 26. Enemigos irreconciliables. | 43. Los cuatro dogos. |
| 10. Rebelión en Martinica. | 27. La ciudad invisible. | 44. La princesa azul. |
| 11. Los filibusteros. | 28. El capitán Lezama. | 45. Tres amores. |
| 12. La primera derrota. | 29. Contra viento y marea. | 46. Escala en Tenerife. |
| 13. La dama enmascarada. | 30. Manopla de terciopelo. | 47. Los negreros. |
| 14. Los tres espadachines. | 31. El caballero errante. | 48. Rumbo al Caribe. |
| 15. Los mendigos del mar. | 32. Sucedió en Sevilla. | 49. Rebelión criolla. |
| 16. El Rey de los Zingaros. | 33. La tizona toledana. | 50. El hijo del Pirata. |
| 17. Noches fantasmales. | 34. Máscara de flores. | 51. El Chacal. |

UN VOLUMEN QUINCENAL, TRES PESETAS

EDITORIAL BRUGUERA BARCELONA

Notas

[←1]

Véase "*Pulsos de Oro*".

[←2]

Véase *Murciélagos en Florida*.

[←3]

Véase "*Pulsos de Oro*".

[←4]

Véase "*Pulsos de Oro*".

[←5]

Véase *Muro de Piedra*.